

TODDO LO QUE
PODRÍAMOS
HABER SIDO
TÚ Y YO
SI NO FUÉRAMOS
TÚ Y YO

UNA NOVELA DE

ALBERT
ESPINOSA



TODO LO QUE PODRÍAMOS HABER SIDO TÚ Y YO SI NO FUÉRAMOS TÚ Y YO

Marcos acaba de perder a su madre, una reconocida bailarina que le ha enseñado todo en la vida, y decide que su mundo ya no puede ser igual sin ella. Justo en el momento que va a dar un giro a su vida, una llamada de teléfono cambia radicalmente los acontecimientos. «Mi don... Es difícil de explicar. Cómo aprendí a utilizarlo es mucho más extraño de relatar. Pero deseo hacerlo. Deseo contároslo. Hay cosas, detalles pequeños que forman parte de uno mismo y hacen que seas como eres. Y el don era algo que me definía. Aunque lo utilizaba poco. Hacía que me sintiera más vivo.»

Biblioteca Albert Espinosa N°3

Autor: Espinosa, Albert

©2011, Debolsillo

Colección: Biblioteca Albert Espinosa, 3

ISBN: 9788499087832

ÍNDICE

Prólogo EL FASCINANTE CHICO	4
1 CIERVOS CON CABEZA DE ÁGUILA	5
2 MI MADRE ME DEJO Y YO DECIDÍ DEJAR EL MUNDO.....	8
3 PENSAR COMO EL LADRÓN QUE LO BUSCA Y COMO LA PERSONA QUE LO ESCONDE ...	12
4 LOS MIEDOS Y SUS CONSECUENCIAS	15
5 CUERDAS VOCALES CON FORMA DE AGUJA DE GRAMÓFONO	17
6 LA DANZA DEL ESÓFAGO.....	22
7 NO SE SI EL DON ME ENCONTRÓ O SI YO LO ENCONTRÉ A ÉL	26
8 LA CHICA PORTUGUESA Y EL PANADERO QUE AMABA A LOS CABALLOS	31
9 LLUVIA ROJA SOBRE LA INFANCIA	34
10 SIN CONOCERLO NO PODRÉ ENTRAR EN ÉL	37
11 ACEPTAR EL AMOR NO DESEADO ANTES QUE PERDERLO Y DESEAR OBTENERLO	41
12 ES UN EXTRAÑO PORQUE AGUANTA DOLORES INIMAGINABLES.....	44
13 SOÑAR SIN LIENZOS, PINTAS SIN COLORES	47
14 LA VIDA ES UN IR Y VENIR DE GIRAR POMOS	51
15 TRES SORBOS DE CAFÉ Y UNA MALETA LLENA DE RECUERDOS	55
16 EL ARTE DE PREPARAR UN BUEN BAÑO Y LA VALENTÍA DE DISFRUTARLO.....	59
17 SE VALIENTE, EN LA VIDA EN EL AMOR Y EN EL SEXO	62
18 DESESPERANDO Y DESINSPIRANDO.....	67
19 TODO LO QUE PODRÍAMOS HABER SIDO TÚ Y YO SI NO FUERAMOS	70

Prólogo EL FASCINANTE CHICO

nuestros tigres beben leche

nuestros halcones van a pie

nuestros tiburones se ahogan en el agua

nuestro lobos bostezan delante de las jaulas abiertas

No, no lo he escrito yo, pero siempre que me viene este poema a la cabeza me siento feliz y valiente, me hace sentir seguro, cómo y en paz. Me provoca una sonrisa plena, la número 3, es una de esas sonrisas preferidas que el tanto conoce. Tiene el don de saber cuantas caras tienes, cuantas miradas, respiraciones, gestos o sonrisas y el significado de cada una de ellas. Otro de sus dones es el de repartir humildad, felicidad, serenidad, amor y vida a las personas que lo rodean y que él quiere. Siempre encuentra las palabras adecuadas para cada momento y las caras correspondientes. Es fascinante y sorprendente.

Cuando lo vi por primera vez, no sabía quién era, solo que iba a un ritmo avanzado para el ser humano, que era un adolescente fascinado de la vida en un cuerpo de un chico mayor, que se explica siempre con cinco puntos, de los que se toma más tiempo en explicar y hacer entender a la otra persona el 1º y 2º puntos, que ir directamente al 3º, 4º, y finalmente al 5º, acompañando esta explicación de dibujos y grabados en esquinas de hojas, periódicos o servilletas.

La primera vez te saludará con un apretón de manos o algún beso en la mejilla, aunque la despedida de este primer encuentro seguro que acabará con un enorme abrazo de oso.

No hace mucho que lo conozco, pero durante este intenso tiempo que hemos compartido, de trabajo, risas, palabras y momentos mágicos, abrazos, regalos y algún llanto, lo he conocido más y hemos llegado a un punto en que con solo escucharnos por teléfono, sabemos que le pasa a uno o a otro; es el principio de una larga e inmortal amistad que un día buceando por este gran mar, que es la vida, encontré dentro de una ostra que contenía esta perla fascinante y brillante que no era amarilla, sino de colores, y se llama Albert Espinosa.

Albert a conseguido escribir una novela de ficción llena de magia y amor donde la vida de cada persona no tiene límites para estar con quien desea. Un mundo de fascinantes personas capaces de dejar de soñar pero nunca de amar: *Todo lo que podríamos haber sido tú y yo si no fuéramos tú y yo.*

Según él, la vida es girar pomos; yo solo espero, durante toda mi vida, encontrarme delante de muchas puertas que me transporten a nuevos lugares, caminos o experiencias, y sé que siempre que esté delante de cada una de esas puertas, tendré un amigo en el que confío para cogerle de la mano y pasar con él, y si en alguna ocasión no me puede acompañar le pediré consejo. No me sueltes nunca de la mano, Albert.

Roger Berruezo, tu primer extraño.

Actor.

1

CIERVOS CON CABEZA DE ÁGUILA

Me gusta dormir, quizá es lo que más me gusta en esta vida. Y quizá me gusta tanto porque me cuesta mucho conciliar el sueño.

No soy de esos que tan solo con meterse en la cama se duermen. Ni tan siquiera consigo dormirme en un coche, ni en una silla de un aeropuerto, ni estirado en la playa medio borracho.

Pero después de la noticia que había recibido hace pocos días, necesitaba dormir. Desde pequeño he pensado que dormir te aparta del mundo, te hace inmune a sus ataques. La gente solo puede atacar a los despiertos, a los que están con los ojos abiertos. Los que desaparecemos en medio del sueño, somos inofensivos.

Pero me cuesta llegar al sueño. Debo confesaros que siempre he necesitado una cama para dormir, y aún diré más, mi cama. Por ello he admirado a aquella gente que a los dos segundos de colocar su cabeza sobre cualquier tipo de superficie se queda completamente dormida. Los admiro y los envidio... ¿O acaso puedes admirar algo que no envidias? ¿O puedes envidiar algo que no admiras?

Yo siempre necesito mi cama, creo que es una buena definición de mí, bueno, quizá a cerca de mi sueño. Además, pienso que tu cama, perdón, corrijo, tu almohada, es el elemento más importante en la vida de una persona.

A veces me han hecho esa pregunta tan inútil: ¿Qué se llevaría a una isla desierta? Y siempre pienso, mi almohada. Aunque no sé por qué acabo diciendo: un buen libro y un excelente vino, utilizando siempre estos dos adjetivos tan poco acertados.

Y lo cierto es que tardas años en hacer tuya un almohada; cientos de dormidas para darle es forma tan especial que la define y que tanto te atrae y te lleva al sueño.

Al final, sabes como doblar la almohada para conseguir el sueño perfecto, como girarla para que la temperatura no sobrepase la que te gusta. Incluso sabes como huele después de una buena dormida. Ojalá pudiéramos saber tanto de las personas que amamos y que duermen a nuestro lado.

Aunque tengo que deciros que yo no creo en el amor, ya lo dejo claro para que no queden dudas. No creo en amarse, no creo en morir de amor, no creo en suspirar por otra persona, en dejar de comer por una persona especial.

Pero en lo que sí he creído siempre es en que las almohadas llevan en su interior parte de tus pesadillas, de tus problemas y de tus sueños. Y es por esa razón por la que las ponemos fundas: para no ver los rastros de nuestra vida. A nadie le gusta verse reflejado en un objeto. Dicen tanto de nosotros nuestros coches, nuestros móviles, nuestra ropa,...

Creo que llevaba cuatro horas durmiendo cuando llamaron a la puerta. Casi nunca dejo ningún “sonido abierto” mientras duermo.

Hay muchos sonidos en nuestras vidas cuando desaparecemos en nuestros sueños: el teléfono fijo, el teléfono móvil, el interfono, el despertador, los grifos que gotean, los ordenadores,... Son sonidos que no descansa, siempre están alerta. Y o bien los apagas o invaden tu descanso.

No sé por qué aquel domingo me dejé abierto el interfono, bueno, sí que lo sé, sabía que justo aquel día llegaría el paquete que cambiaría mi vida. Y nunca he tenido paciencia.

Desde pequeño, si sabía que algo bueno me pasaría al día siguiente no pegaba ojo en toda la noche. Dejaba la persiana totalmente subida para que el amanecer me golpeará en el rostro y el nuevo día llegara

tan y tan rápido que el sueño no durase más que unos anuncios. Si, siempre he pensado que el sueño son anuncios, algunos largos como publirreportajes, otros cortos como tráilers y otros minúsculos como teasers. Y todos hablan de nuestros deseos. Sin embargo no los entendemos por que es como si los rodara David Lynch.

Pero volvamos al tema, soy un impaciente, lo sé y me gusta. Creo que aunque la impaciencia se convirtió en un defecto horrible, todos sabemos que es una virtud. Algún día el mundo será de los impacientes. O eso espero.

El interfono volvió a soñar y se introdujo en mi profundo sueño. Recuerdo que aquel día soñaba con ciervos que tenían cabeza de águila. S, me encantaba mezclar los conceptos, sentirme un poco Dios en mis sueños.

Crear nuevas criaturas mezclando partes de otras o sentir como amigos que ni tan siquiera se conocen son íntimos y hasta me entusiasma soñar con personas con las que no he estado nunca ni remotamente cerca pero que en el sueño forman parte de mi vida de una manera muy íntima. Y es que a veces pienso que la gente viola con sus sueños: viola la intimidad, viola el lenguaje con el que se expresa, viola esa imagen como mejor le parece.

Cuantas veces he tenido sexo con gente en sueños y al día siguiente no me he atrevido ni a saludarla, pensando que en el “buenos días” se notara las “buenas noches que hemos pasado”.

Quizá el mundo iría mejor si contásemos nuestros sueños eróticos a los que han sido protagonistas de ellos.

Aunque en la época que me tocó vivir, eso era imposible. Ni yo me imaginaba que aquel día cambiaría mi mundo y seguramente el de todos los demás. Quizá esos días debería marcarse en el calendario en fucsia. Deberíamos tener constancia de que es uno de aquellos momentos a partir del cual nada volverá a ser igual, que perforará a todo el mundo de manera semejante y creará recuerdos colectivos. Así, podríamos decidir si vale la pena levantarse en un día fucsia.

Mi tío vivió el 11 de septiembre de 2001; él tenía 22 años cuando pasó. Dice que lo realmente fuerte fue ver en directo la colisión del segundo avión. Siempre se preguntaba: “¿El segundo avión tardó en impactar el tiempo justo para que todas las televisiones pudieran informar de la colisión del primer avión? ¿O debía chocar a la vez que el primer avión pero se retrasó?”. Eso le preocupaba enormemente. Deseaba saber si en realidad los artífices de aquello querían que todo el mundo conectara la televisión y viera el segundo impacto o fue una casualidad macabra. A veces, él mismo se respondía: “Si es lo primero, la maldad humana no tiene límites”. Y os juro que sus ojos se llenaban de una tristeza extrema.

Volviendo a aquel día, el día en el que llegó el paquete, yo soñaba con ciervos con cabeza de águila. Me desperté por que el animal me miraba con mirada de águila y sus cuernos de ciervo, como si me estudiará y estuviera a punto de lanzarse sobre mí y sacarme los ojos con sus pezuñas de ciervo-águila...

Pero, de repente, irrumpió en el sueño una luz roja que parpadeaba en sus ojos y que sonaba en mi interfono. Tardé quince segundos en darme cuenta del error y despertarme. Aunque quizá fuera menos tiempo, no puedo asegurar cuanto tardé. El tiempo en sueños es un misterio, es tan relativo...

Pero creo que son de agradecer esos fallos de raccord en los sueños. Aunque a veces descubres uno de esos errores de continuidad y sigues durmiendo, por que no deseas despertarte. Lo que demuestra que mucha gente prefiere dormir a vivir, aunque sepa que la realidad que está gozando es falsa.

Yo no soy de esos, no me gusta percatarme de que lo que estoy sintiendo es un sueño. Si presiento un fallo de ese tipo, me despierto instantáneamente.

El interfono volvió a sonar, pero esta vez no interfirió; ya me estaba despertando. Miré el reloj: las tres de la mañana, justo la hora a la que prometieron que llegarían.

Me levanté sin zapatillas; hay veces en la vida que hay que ir descalzo a la puerta, como si así el momento se volviera más épico.

Y éste debía serlo, me traían la medicina que acabaría con mi sueño, que me permitiría vivir veinticuatro horas al día sin tener que descansar...

Y como debía ser, su llegada había interferido en mi descanso. Había rajado de arriba abajo mi imaginación ficticia.

Al fin y al cabo, a partir de aquel momento lo interrumpiría para siempre.

2

MI MADRE ME DEJO Y YO DECIDÍ DEJAR EL MUNDO

Fui al interfono, vi por el visor a un chico tailandés de unos 25 años vestido de manera informal, acompañado de un hombre mayor que parecía holandés, rondaría los 70 y llevaba un traje gris. Aunque también pudiera ser que tuvieran 20 y 60. No me hagáis caso, nunca he sido bueno para las edades, aunque sí en lo que se refiere a las nacionalidades y a los sentimientos.

Me creo cualquier tipo de inexactitud en lo que respecta a los años. Si tú me dices 30 y es razonable, yo me lo creo aunque roces los 40. Creo que la edad sirve de poco en esta vida. Mi madre decía que la edad está en el estómago y en la cabeza. Las arrugas no son solo fruto de las preocupaciones y del comer mal. Yo siempre he pensado que tenía razón, así que he intentado preocuparme poco y comer mucho.

He notado que la gente suele sentirse bien cuando me comenta su edad. Yo los respondo: “Te hacía más joven”. Y eso vuelve loca a la gente. Esto y comentar el moreno de su piel es lo que más agradecen. Si le dices a alguien: “Te hacía más joven y estás muy moreno”, la locura ya es máxima.

Es curioso el hijo de mi primo, que ahora tiene 6 años. Siempre que le pides que adivine la edad de alguien que supera los 20 años, le mira, le observa detenidamente y responde: “Tienes 10 años”. Tengas 70, 50 o 20, para ese niño todos tienen 10 años. Que poseas las dos primeras cifras implica que te ve muy mayor. Tiene sentido; cuando se tiene una sola cifra, las dos es el fin de todo.

Yo, cuando veo a alguien muy mayor, pienso: “debe de tener 100 años”, las tres cifras es lo máximo para alguien de dos. No cambiamos tanto de niños a adultos; tan solo nos separa una cifra más.

Sentí que mis pies se estaban enfriando. Pero no volví a la habitación a buscar las zapatillas; cuando decides que vas a ser épico tienes que mantenerte en tus trece. ¡Si no, qué mierda de épico estás hecho!

Esperé con impaciencia a que el ascensor llegara a mi piso. La luz roja del ascensor parpadeaba, y recordé nuevamente a los ciervos con cabeza de águila. Sus ojos también centelleaban. Me sentí nervioso. Me toqué el ojo izquierdo suavemente. Siempre lo hacía cuando estaba nervioso o mentía; por eso, desde que lo habías averiguado, casi no lo hacía en público.

Me sentí muy solo mientras esperaba. La verdad es que no esperaba pasar a solas este momento épico.

Creo que para cambiar una parte esencial de ti mismo, en este caso dejar de dormir, no se debería vivir solo. Debería haber alguien a tu lado, alguna persona diciéndote: “Va a ser genial, es tu gran día”.

¿No es eso lo que pasa siempre que tomas una decisión importante en tu vida? En las bodas hay personas a tu alrededor que dicen cosas de éstas. Incluso cuando firmas una hipoteca de 35 años, hay alguien con la frase perfecta para animarte. Y, sobre todo, justo antes de que el celador se te lleve para operarte, alguien te desea suerte.

Pero yo no tenía a nadie en ese momento. Siempre he sido un solitario.

Bueno, creo que es importante que os relate un hecho que ha acontecido hace pocas horas. No sé por qué no os lo he contado antes...

En realidad sí que lo sé: a veces te vas por las ramas para no tener que ir directo a la raíz. Sobre todo si la raíz es dolorosa y puede derribar el árbol.

Mi madre murió ayer.

Me llamaron de Boston, donde realizaba su última gira. Ella era una reconocida coreógrafa de danza que siempre había pasado más tiempo fuera del país que dentro. Siempre creando, siempre imaginando mundos, siempre viviendo por y para su arte... A veces, cuando yo no entendía el porqué de cuanto trabajo ella me recordaba una frase de James Dean sobre qué es la vida en el teatro: “No pretendo ser el mejor. Únicamente quiero volar tan alto que nadie pueda alcanzarme. No para demostrar nada, solo quiero llegar a donde se llega cuando entregas tu vida entera y todo lo que eres a una única cosa”.

Y lo hizo. La verdad es que cuando ayer supe que mi madre me había dejado, me di cuenta de que yo dejaría al mundo.

Decidí que el mundo había perdido su gran activo y dejé de creer en él, porque nadie la había retenido; el mundo ni tan siquiera se había detenido ni se había escandalizado por su pérdida.

No quiero decir que desee suicidarme, ni desaparecer de este mundo. Si no que necesitaba que algo cambiara, que algo se modificara, porque ya no podía vivir en el mundo tal como lo conocía.

Mi madre se había marchado y el dolor era insoportable. Os juro que nunca había sentido nada igual.

Pero no creáis que era la primera muerte que me acontece. A veces, tus primeras muertes son tan intensas que te parecen insuperables. Yo he sufrido varias en mi vida. Mi abuela, que siempre me quiso con pasión, murió hace tres años y también fue un duro golpe en mi vida. Los últimos años, ella ya no recordaba casi nada, pero se emocionaba al verme cuando la visitaba. Su felicidad era tan grande cuando me veía que gritaba de emoción. Me sentía tan querido... La lloré mucho.

Recuerdo que una noche, en Capri (me entusiasman las islas; solo hago viajes de placer a islas, cuanto más pequeñas mejor; hacen que me sienta persona), una novia que tenía se despertó en plena noche y me vio llorando desconsoladamente porque recordaba a mi abuela. Tan solo hacía dos meses que había muerto. La chica en cuestión me miró con una ternura que tardé tiempo en volver a ver en otro ser humano. Me abrazó con fuerza (no era un abrazo de sexo, ni de amistad, si no de dolor). Yo me dejé. Estaba tan deshecho que me dejé apretar con fuerza por ella. Aunque jamás dejo que eso ocurra; no me gusta ser abrazado si no el que abraza.

Pero ella me abrazó con fuerza y me susurró: “No pasa nada, Marcos, ella sabía que la querías”. Eso me hizo llorar todavía más.

Rompí a llorar. Me encanta esa expresión. No se dice rompí a comer o rompí a caminar. Rompes a llorar o a reír. Creo que vale la pena hacerse añicos por esos sentimientos.

No pude volver a conciliar el sueño aquella noche en Capri. Ella sí, ella se durmió en mis brazos, entre mis brazos. Mis lágrimas se secaron y a los pocos meses fue nuestra relación la que se acabó.

Pensé que el día de la ruptura ella hablaría de ese momento, del instante en el que me abrazó y me calmó. Si lo hubiera hecho me habría quedado seis meses más a su lado. Sé que puede sonar frío y calculador. ¿Un abrazo por un llanto desconsolado en Capri vale seis meses de relaciones extra sin amor? La verdad es que para mí es lo que vale; lo calculé. No lo hice matemáticamente, si no sentimentalmente. Pero ella no comentó nada y yo no lo agradecí.

Siempre he pensado que la perdí por estúpido, aunque nunca se lo he dicho. Sé que luego se casó en Capri y sentí que de alguna manera me dedicaba un guiño, aunque quizá tan solo fue una coincidencia.

Pero yo no la dije que era la persona a la que más habías amado y por ello la perdí. Hay tantas cosas que si se pronuncian en voz alta desvelarían secretos de una intensidad que quizá no podríamos asumir.

Yo aún no he podido contarle a nadie que de vez en cuando lloro desconsoladamente por la pérdida de mi abuela. No sé si la gente lo entendería; no sé si la gente intentaría entenderlo.

Y respecto a mi madre, aún no había llamado a nadie... No había comentado mi pérdida a ninguno de mis allegados. La gente entiendo lo que quiere, lo que le interesa.

Sé que puede parecer que esté dolido con esta sociedad, y la verdad es que en aquel momento lo estaba.

El ascensor se abrió justo cuando el dolor se hacía insoportable. Salieron el joven informal tailandés y el hombre mayor holandés trajeado.

El joven portaba una maleta una maleta gris metálica, de esa que tan solo lleva si sabes que lo que hay dentro es valioso. Me miraron de arriba abajo. Creo que les sorprendió que fuera descalzo. O quizá no... La verdad es que siempre que me siento diferente pienso que el resto del mundo se dará cuenta, pero la mayoría no se da cuenta de nada.

Recuerdo una canción que decía: "Los guapos son los raros, lo sabe todo el mundo pero nadie se atreve a decirlo. Tampoco se gustan se gustan y tienen complejos por ser diferentes". Siempre me gustó esa letra, sé que es mentira esa afirmación sobre la gente bella pero me encantó pensar que ser guapo no es la panacea. Yo no lo soy, eso es obvio, si lo fuera no me gustaría la canción.

Mi madre decía que me parecía a James Dean. Cosas de madres. Aunque años más tarde he escuchado a más de una docena de personas que opinaban igual. Yo conocí a Dean en Menorca. No físicamente, ya hacía años que su coche se había estrellado, pero recuerdo que mi madre tenía que actuar en la isla y la lluvia lo impidió.

Allá estábamos, en un hotel de Fornells, ella y yo mirando como la lluvia había convertido un posible domingo de playa en un soso día de espera. Días que parece que no cuenten en la vida.

Mi madre me comentó si quería conocer a una estrella, una de esas que pasan por el firmamento en poco tiempo pero que todo el mundo queda tan embelesado que nadie las olvida. Yo, con 12 años, ansiaba ver estrellas fulgurantes o cualquier cosa que me entretuviera en aquel día lluvioso.

Vimos *Al este del Edén*, *Rebelde sin causa* y *Gigante* de un tirón. Toda su filmografía en una noche, fue fácil. Cuando acabó *Gigante*, sentí lo que mi madre había pronosticado: una estrella fulgurante inolvidable había cruzado mi vida.

No he sabido nunca si me parezco a James Dean o si el deseo de parecerme a él ha hecho que me asemeje. Quizá es un sentimiento parecido al de los perros que están fastidiados por sus dueños y acaban pareciéndose a ellos.

Yo siempre he defendido que Dean no era guapo si no mágico. Y que su magia se confundía con su belleza.

El chico joven de la maleta plateada sí que era bello; tenía el cabello de un color muy negro. Siempre me han gustado, los cabellos de colores definidos. Otro detalle que yo no poseo: mi cabello es castaño apagado. La chica que me abrazó en Capri siempre decía que mi cabello era precioso, pero nunca supe si lo pensaba de verdad. Soy muy confiado respecto a los halagos que te dedican mientras estás abrazado en la cama.

—¿Podemos entrar? —preguntó el hombre joven de cabello negro sin ni tan siquiera presentarse.

—Claro, claro —respondí dos veces. Siempre que estoy nervioso repito palabras; me pasa desde pequeño.

El señor mayor holandés no dijo nada. Entraron.

Se quedaron parados, tan solo cruzaron la puerta. Una cortesía que siempre me ha parecido extraña, sobre todo cuando solo hay un camino posible desde el recibidor hasta el salón. La gente que lo hace me recuerda a ratones de laboratorio esperando que les indique donde está el queso. Decidí adelantarles y les llevé hasta el salón.

En la mesita todavía estaban los platos de la cena de la noche anterior. Yo aún hacía únicamente tres comidas. Irracionalmente pensé en subir la persiana, pero era de noche y aquello no solucionaría nada.

Iban a sentarse justo en medio del sofá cuando decidí que no me apetecía que se acomodaran en mi salón; no les conocía tanto. Algo me decía que no se lo permitiera.

—¿Mejor salimos a la terraza? —pregunté en un tono que sonaba a sugerencia obligada.

El viejo miró al joven y éste pareció estar de acuerdo. Fue entonces cuando me di cuenta que el joven era el guarda espaldas del viejo.

Estoy seguro de que aceptaron, aparte de por medidas de seguridad, porque a ellos tampoco les apetecía estar sentados delante de los restos de la lasaña de un desconocido.

De nuevo esperaron cortésmente a que les indicara el camino; yo les mostré con amabilidad los dos pasos hasta la terraza. Eran ratoncitos muy dóciles.

He vivido en nueve pisos en mi vida. Nunca me molestó cambiar, tan solo pedía que el siguiente tuviera una terraza más grande que el anterior. Par mí eso es el progreso: mayor terraza y mejores vistas. Desde mi terraza se veía la concurrida plaza Santa Ana, una de las plazas más hermosas en las que he vivido. No sé qué tiene pero la presencia del Teatro Español en uno de sus laterales consigue que la magia escénica se extienda por cada uno de los rincones de la plaza.

Aún entonces, cuando miraba esa plaza a las tres de la mañana, me sorprendió lo llena de vida que estaba. Todas las tiendas abiertas, los niños jugando en los columpios, las madres tomando un café junto con otras madres y un montón de gente disfrutando del rem. El rem era la nueva comida recién creada del día. Mucha gente comentaba que los rem era la comida más importante de día. No sé, puede que sí; tal vez si todo lo ves bajo la perspectiva de estar 24 horas despierto, el rem puede llegar a ser el momento perfecto para nutrirse.

El reloj marcó las tres. Siempre he ido un minuto adelantado. Os lo he dicho, soy impaciente. A esa hora siempre se divisa gente trajeada corriendo porque llegaba tarde al trabajo. A las tres y media de la mañana empezaba una de las jornadas laborales.

Esa plaza era un caos, pero que mejor que recibir el medicamento en medio de esa locura. Justo la misma que me esperaba cuando lo tomase.

Creo que el hombre mayor no miró ni un segundo la plaza; depositó la maleta sobre la mesa blanca de jardín que había en medio de la terraza.

Justo en ese instante yo pensé en mi madre, en qué diría si supiera que, en cuanto ella murió, yo había decidido ponerme la inyección para dejar de dormir.

Pero necesitaba que el mundo fuera diferente, no volver a soñar con su pérdida y que los días ya no fuesen iguales a los que existían cuando ella estaba junto a mí.

Una lágrima cayó por mi mejilla. Los dos hombres pensaron que era por la emoción de recibir la medicación. Si hubieran sabido la verdad no creo que la hubieran comprendido.

Supongo que tendrían madre, pero a simple vista no era evidente.

El hombre mayor introdujo su mano en el maletín. En pocos segundos vería como era la Cetamina, la medicación que desde hacía nueve meses enloquecía a nuestro mundo.

3

PENSAR COMO EL LADRÓN QUE LO BUSCA Y COMO LA PERSONA QUE LO ESCONDE

Cuando la mano del anciano reapareció del interior de la maleta metálica sus dedos sujetaban dos pequeñas inyecciones de esas que no tienen aguja, de esas que te perforan sin saber ni tan siquiera como. Eran del tamaño de las antiguas tarjetas de usb que mi tío solía tener sobre la mesa de su despacho. El los llamaba lápices electrónicos.

Agradecí que no fueran inyecciones. Nunca me han gustado las inyecciones; me dan miedo. Mi madre siempre decía que eran oportunidades que nos da la vida para soplar, para pedir deseos, pero que te penetren la piel con una aguja nunca será agradable, por mucho que algunos pretendan darte una visión positiva.

El hombre mayor me tendió las dos extrañas cápsulas, pero cuando fui a cogerlas, él de repente no me las dio. Era como lo del pasillo pero a la inversa. Ahora era él quien conocía el camino, quien sabía los pasos y no me daría esa medicación sin las indicaciones pertinentes.

Daba la sensación de ser concienzudo. Esos son los verdaderos enemigos de los impacientes. Yo deseaba inyectármela en vena y él seguramente deseaba darme todos los detalles. Me miró a los ojos bastante fijamente, tanto que no pude más que retirar la mirada.

—¿Sabes como funciona? —preguntó estirando mucho cada una de las sílabas de esta frase.

Me gustaba la delicadeza y el tono de este señor mayor. Era un poco más dulce que el del joven. Se notaba que deseaba empatizar conmigo. No sabía que hacía tiempo que yo ya no deseaba tener más amigos. Hacía años que mi cupo de conocer gente había sido superado con creces.

—Supongo que se inyecta y ya está, ¿no? —respondí.

—Sí... En teoría es así. Se inyecta y ya está. Pero en la práctica es un poco más complicado.

—¿Qué quiere decir?

—¿Nos sentamos? —pidió el anciano muy amablemente.

Supe al instante que no debía sentarme, que no debía escucharle, que tan solo tenía que coger esa inyección y que cumpliera su función. Pero el tono del hombre me gustaba, me recordaba a un antiguo sacerdote que de pequeño solía hablarme de Cristo. Yo lo escuchaba embobado. Creía a ciegas todo lo que me explicó: dogmas, milagros y fe. Hasta que mi abuela estuvo al borde de la muerte y recé tanto que desgasté padrenuestros, avemarías y credos. Mi abuela murió y descubrí que aquel cura me había enseñado unos embrujos que no servían de nada, absolutamente de nada.

Me senté al lado del hombre anciano. El apartó de mi vista las inyecciones como deseando que me concentrara en su voz, en su momento. Parecía un mago de feria.

Hay tanta gente que sabe que tiene un momento y lo aprovecha...

Los pescadores lo saben cuando les pides consejo sobre un pescado sin espinas. Hasta los dermatólogos cuando les enseñan con preocupación una peca oscura saben que ese es su momento. Incluso la señora de la limpieza, que viene los jueves y me regaña porque el polvo se acumula en las zonas inaccesibles, es consciente de que debo escucharla.

—¿Cómo te llamas, chico?

Mientras el viejo intentaba conocerme mejor, el hombre joven encendió un cigarrillo y se giró a mirar la plaza desinteresándose por una conversación que seguramente había escuchado miles de veces.

—Marcos —contesté cortésmente.

—Marcos, sé que la publicidad del producto dice que si quieres dejar de dormir tan solo debes inyectarte el contenido, y poco a poco notarás pequeños cambios que derivarán en poder vivir las 24 horas del día sin dormir.

—Sí, es eso lo que dice.

—Bien, pues debo advertirte que es cierto, pero también es... mentira —sentenció con una interesante pausa dramática.

En ese momento decidí que deseaba fumar. Le pedí un cigarrillo al chico joven. Hace años que los cigarrillos ya no son lo que eran. Mi tío, que era un gran fumador, los dejó cuando mi abuela murió de cáncer. Luego *los cigarrillos abandonaron a la gente*, se les extrajo toda la nicotina y ahora son como caramelos con humo.

Toda una generación los aborreció, pero la nuestra, la que todavía descubrió clásicos de Bogart por televisión, a veces desea fumar para emular a nuestros héroes en blanco y negro.

Me cedió amablemente un cigarrillo y yo lo encendí lentamente. Era un momento único, era un instante clásico en blanco y negro.

—¿Qué quiere decir con eso? —Exhalé todo el humo que pude coincidiendo con el final de la pregunta.

—Que dejarás de dormir si lo tomas, que tu cuerpo se recuperará en movimiento. Pero es más importante que sepas lo que esto supondrá. Como todo en la vida, tu cabeza debe aceptar el cambio, ¿entiendes?

Nunca me ha gustado la demagogia ni esos “entiendes” condescendientes. No soporto que la gente sea condescendiente conmigo. Y menos él, con la profesión que tenía.

El no lo sabía, pero me molestó en exceso que dudase de mis razones respecto a lo que estaba dispuesto a hacer, los cambios que implicaba y lo que significaría. Lo cierto es que me encabronó enormemente que todo su discurso fuera tan simple.

—¿Está preguntándome si sé lo que estoy apunto de hacer?

—Sí, más o menos. —Volvió a mirarme fijamente a los ojos.

—Lo sé, voy a dejar de dormir. Y lo deseo. ¿Eso es todo? —respondí sin un atisbo de simpatía.

Ahora era él quien me miraba despectivamente; de seguro que no le gustaban las prisas en su gran momento.

El no soportaba la verdadera simplicidad y yo no soportaba la complejidad falsa.

—Eso es todo —afirmó—. Debemos asegurarnos de que el usuario entiende lo que va a hacer. ¿Tienes el dinero preparado?

El tono cambió cuando habló del tema económico. Dejó de ser dulce, se convirtió en áspero. Su mirada dejó de observarme atentamente; ahora, yo no le resultaba nada interesante.

Fui a buscar el sobre con el dinero. En efectivo. Siempre lo cobraban así, debido a que la gente se ponía las inyecciones y seguidamente anulaba el cheque o la transacción y desaparecía. Y luego, aunque los encontrases, ¿Cómo podías quitarle algo que ya habían ganado para siempre? Dejar de dormir es como la inmortalidad, si te la dan, ¿Cómo te la arrebatan después?

Por ello cobraban en efectivo.

Yo tenía el dinero en casa desde el día anterior; lo saqué del banco tan solo conocer la pérdida de mi madre. Fui al banco que había en el portal de mi mismo edificio; no salí ni a la calle.

Rozaban las once de la noche cuando retiré casi todos mis ahorros. Al llegar a casa no sabía donde guardarlos; faltaban pocas horas para que me trajeran las inyecciones pero temía que alguien me robase mientras dormía.

Pasé tiempo pensando donde esconderlo. No sé si os habéis encontrado alguna vez con el problema de esconder dinero en casa. Es complicado porque piensas como la persona que lo esconde pero a la vez como el ladrón que lo busca.

Piensas que has encontrado un buen sitio para esconderlo, pero al instante piensas como un ladrón y te das cuenta de que sería el primer lugar en el que buscarías.

Calcetines, zapatos, fondos de armario, recovecos, baldosas, el armario del baño... Todos parecen lugares brillantes, pero al instante se convierten en escondrijos demasiado evidentes.

Casi tardé dos horas en encontrar el sitio adecuado. Debía ser un lugar impensable tanto para el poseedor del dinero como para el ladrón. Y, además, debía ser fácil de recordar. Cuántas veces hemos escondido cosas de valor tan y tan bien que luego no las hemos encontrado.

Me acerqué a mi almohada, saqué la funda y allí estaba cosido el estuche sobre blanco que contenía todo mi dinero. Que ironía, la almohada tenía la llave para dejar de dormir.

Volví a la terraza. Los dos hombres no estaban hablando. Eso me hizo pensar que no se soportaban. Me imaginé una pelea entre ellos, por un asunto de dinero, por diferencia de caracteres y hasta por algo turbio relacionado con líos de faldas. Le tendí el dinero al mayor. Este se lo pasó de inmediato al joven, que comenzó a contarlo.

Cuando acabó volvió a contarlo por segunda vez. Y luego una tercera.

Nadie habló durante esas tres comprobaciones, nadie miró a nadie, tan solo el sonido de la plaza lo inundaba todo. El dinero en movimiento chillón.

—Está correcto —dijo el joven como si el triple chequeo no hubiera existido.

El señor mayor me tendió las dos inyecciones. Yo las cogí y noté que su mano era fría. No me gustó, nunca me ha gustado la gente que no tiene calor en su cuerpo.

—Disfrútalo —dijo sin ningún tipo de entonación positiva, para que no creyese que sentía lo que me decía.

—Gracias. Espero que sepan encontrar la salida —contesté.

Lo sé, era muy maleducado no acompañarles pero no deseaba tener que deshacer el camino hasta la puerta, esperar que llegara el ascensor y volver a despedirme.

Ellos lo agradecieron, se marcharon. Seguro que tenían que despertar a mucha más gente para que dejase de dormir.

Me senté en la silla que el anciano había dejado fría y continué fumando, extrayendo con fuerza la falsa nicotina de mis pulmones limpios.

En mi puño izquierdo estaban las dos inyecciones; las apreté con fuerza.

4

LOS MIEDOS Y SUS CONSECUENCIAS

Tenemos miedos. Todos tenemos miedos, aunque lo bueno de esta vida es que casi nadie nos pregunta cuales son los nuestros.

Los intuyen, los huelen, se encuentran con ellos un día en un aeropuerto, en medio de una calle oscura, al subir en un autobús en una ciudad desconocida... Y de repente se dan cuenta de que somos miedosos al volar, a la oscuridad, a que nos roben o amar y entregar en el sexo parte de nosotros.

Aquella noche, mientras apretaba las inyecciones, yo tenía un miedo atroz a perder... A perder mi sueño, a que me convirtiera en otro más que había dejado de dormir. En uno más de los de la plaza... Mi madre me dijo una vez: "Ser diferente depende tan solo de cuantos están en tu bando".

No sé si me habían afectado las palabras de aquel hombre anciano o si simplemente, como pasa tantas veces en la vida, cuando el momento se acerca es cuando te das cuenta de que quizá no lo desees.

Bodas, inversiones, besos, sexo... En todos esos momentos puedes decidir en dar marcha atrás por todo tipo de miedos.

Lo reconozco, no lo deseaba, no era algo que hubiese pensado que debería hacer.

Cuando la Cetamina llegó, mucha gente dijo que ellos no la tomarían jamás. Que había que ser imbécil para perderse dormir, la siesta y soñar.

A los pocos meses, eran tantos los que habían sucumbido que notabas que o te convertías o perdías parte de tu vida.

Hubo algunos que decidieron tomarla por celos. Sí, por celos. ¿Qué haría tu pareja mientras tú dormías? ¿Con quién estaba, qué le pasaba, qué veía, qué sentía...? Aquello pudo con mucha gente, personas que no deseaban no estar en los momentos nocturnos, que parecían creados para que les pasaran las cosas más hermosas del planeta. La sensación de que tu pareja llegue, te despierte y te cuente algo increíble que ha ocurrido a las cinco de la mañana mientras tú todavía estabas con sueño acumulado, con legañas en los ojos, era algo que pudo con muchas negativas a abandonar la vida nocturna que conocían.

Aunque yo continuaba deseando dormir cuando escuchaba esas razones. Al fin y al cabo, siempre he creído que el dormir es como viajar al futuro. Mucha gente cree que nunca viajaremos al futuro, pero yo creo que lo hacemos cada noche. Duermes y cuando despiertas han pasado cosas increíbles: se han firmado tratados, han cambiado los valores de la bolsa, hay gente que ha roto con su pareja o se han enamorado en otras partes del planeta, donde la vida sigue...

Y todos esos grandes acontecimientos han pasado mientras dormías. En esos dos segundos donde realmente transcurren ocho horas o nueve o diez, dependiendo de lo que necesitas y lo que encuentras. Y es que dormir nunca es igual.

Siempre me ha parecido alucinante el suspiro del tiempo que es dormir si se practica bien.

Siempre he creído en el dormir y en el viajar al futuro, quizá por eso perder ese momento tan mío, esos vuelos nocturnos, me da miedo.

Os cuento un secreto: a veces, si me duermo rápido sin darme cuenta de que caigo en el sueño, me despierto de repente, con miedo, con un miedo atroz; es como si mi organismo durmiera pero mi cerebro no lo hiciera. De repente se despiertan ambos de golpe y mis miedos más primarios hacen que me sienta

como un niño pequeño y desvalido. Y es entonces cuando abrazo a quien tengo al lado y le daría todo mi amor y todo mi sexo a cambio de que me cuidara.

Con los años, me he dado cuenta que es un miedo que puedo controlar si soy consciente de que tan solo me he dormido y he despertado rápidamente. Es un miedo primario, un miedo instantáneo fácil de dominar si lo diagnosticas con rapidez. Pero lo curioso es que en realidad no deseo controlarlo, me gusta verme tan y tan débil.

Y ahí estaba, iba a hacer algo de lo que había renegado. Mucha gente ya no dormía pero yo aún creía que era importante.

Toda una filosofía que se había esfumado al saber que mi madre me había dejado.

Y sabía que cuando lo hiciera vendría de inmediato un aumento de trabajo, una hipoteca nueva. Y es que dicen que la vida cambia cuando no duermes. Que el horario laboral es otro, que el tiempo se vive de otra manera. No sé, supongo que es verdad. Aunque la gente miente tanto... Casi nadie se queja de un viaje que le ha costado mucho o de una entrada de un concierto que le a costado un riñón. Lo que cuesta tiene un plus que hace que deba gustarnos o, de lo contrario, ocultar que nos desagrada. Nadie es un tonto para putearse y encima pagar por lo que le putea.

Decidí que ya estaba bien de miedos; era hora de ponerme la medicación. Miré la plaza y me acerqué la inyección al brazo.

Pero justo cuando estaba a punto de sentir el líquido en mis venas, sucedió lo inesperado...

5

CUERDAS VOCALES CON FORMA DE AGUJA DE GRAMÓFONO

Sucedió. La vi. Estaba en medio de la abarrotada plaza Santa Ana. Justo en medio. Ni intentado buscar ese centro lo hubiera encontrado mejor.

Ella estaba esperando a alguien; su mirada buscaba y buscaba en cientos de direcciones. Sus ojos recorrían cuerpos, pieles pasos... Esta ansiosa, deseando que llegue su cita. Yo, desde mi séptimo piso, no podía dejar de mirarla.

Había algo en su espera, en la forma que esperaba, que me llamaba poderosamente la atención. No soy de enamorarme, ya os lo he dicho, nunca lo he hecho.

Creo poco en el amor y bastante en el sexo. Pero aquella chica tenía algo tan extraño en la forma de esperar, como colocaba las piernas, como se movía, como buscaba, que había despertado un sentimiento en mí. Quizá estaba siendo demasiado épico.

Allí, descalzo, a las tantas de la mañana, me sentía como un yonki con esa inyección extraña a un milímetro de perforar mi piel. Era como el efecto secundario de ese medicamento previo al éxtasis.

De repente, un acordeonista y un guitarrista empezaron a tocar una melodía de jazz. Un chico muy joven, que no llegaba a los quince, con el pelo muy engominado, comenzó a cantar canciones con un estilo tan *démodé* que parecía que todas sus cuerdas vocales fueran prolongaciones de agujas de gramófono.

Esa canción no tendría más valor si no fuera porque aquellas melodías jazzísticas eran las favoritas de mi madre; las ponía a todas horas cuando yo era pequeño.

He desayunado, comido y cenado con los grandes del mundo del jazz. Parker, Rollings y Ellington fueron la banda sonora de mi infancia. Mi madre siempre las cantaba en voz baja, susurrando las letras. Jamás cantaba a pleno pulmón... Ella creía en el susurro, en susurrar.

—En la vida hay poco espacio para susurros —me decía—. Yo he recibido tres o seis minutos de susurros. Frases muy cortas de hombres en momentos muy puntuales: “Te amo... no te olvidaré... sigue... sigue...” Los susurros son tan potentes que deberían prohibirse en la cama. Allí todos mienten, absolutamente todos. Nunca susurres en la cama, y menos cuando tengas sexo —me repitió con voz susurrante una vez en taxi camino del aeropuerto de Pekín.

Si, creo que es hora de que os lo cuente: mi madre hablaba de sexo. He tenido suerte en mi vida, desde los trece años me habló de ese tema que casi todos los padres desean que no aparezca jamás en una conversación.

Al principio me abrumé. Con trece años no deseas que tu madre te hable de nada y menos de sexo. Pero mi madre siempre fue muy liberal. Bueno, no me gusta la palabra liberal, y a ella tampoco. Ella se consideraba “libre”.

Hablaba de ella y de mucha gente que admiraba como “personas libres”. No sé si yo he conseguido ser libre.

Recuerdo que cuando yo tenía catorce años fuimos a un hotel que era un rascacielos. Nos alojamos en el piso 112; el primer rascacielos que pisé en mi vida. Me alucinó, era realmente como estar en el cielo. Fue una sensación extraña e intensa, aunque luego he pisado y vivido en tantos hoteles rascacielos que ese momento se diluyó y lo olvidé.

Por ello, alguna vez, cuando voy en avión y presiento que alguien vuela por primera vez no le quito el ojo de encima. Se nota que disfruta tanto: sentir el despegue, la rutina del vuelo a 11.000 metros y el pánico del aterrizaje. Intento que me inunde su pasión, sus miedos, su primera vez. Si, lo reconozco, soy un vampiro de emociones primarias.

Pues aquel día, en aquel hotel de Nueva York, solo había una habitación de matrimonio. Yo tenía casi quince años, por lo que no deseaba en absoluto compartir cama con mi madre, me daba mucha vergüenza. Así que se lo dije. Ella me miró como solo ella sabía hacerlo. Tan solo posaba sus ojos en mí durante diez segundos, torcía la boca y yo ya me sentía intimidado.

—¿No quieres dormir junto a mi? —Torció la boca y yo tragué saliva.

—Tengo casi quince años, mama.

—Yo también tenía quince cuando tuve que dormir junto a ti por primera vez. Y también lo hice los siguientes nueve meses aunque me dabas ganas de vomitar y no parabas de darme patadas. Pero si prefieres puedes dormir en la silla. Somos libre, personas libres y debemos decidir.

Aquello me dejó casi sin aliento. Puso uno de sus viejos discos de jazz y se fumó un cigarrillo.

No buscó en mí una reacción; no creía que hubiera que coaccionar ni convencer a la gente.

Me metí en la cama, junto a ella. Escuché la música y olí sus cigarros.

Siempre me hizo sentir un adolescente especial.

La canción que sonaba la primera noche que dormí con mi madre en aquel rascacielos era la misma que yo escuchaba aquella noche que iba a dejar de dormir en aquella terraza con vistas a Santa Ana.

El chico engominado la cantaba a un ritmo tan sincopado que fue como si sintiese la presencia de mi madre cerca de mí. Quizá era una señal, no sé, algo debía de ser.

Ella seguía esperando. Su rostro pasivo-activo me alucinaba.

Ella no se había percatado de mi presencia, no había sentido como mis ojos no se habían apartado de ella ni un solo instante.

Mi mirada, mi presencia, mi intermitente latido la eran extraños.

Y tal como se había situado en medio de la plaza, se fue, con pasos lentos.

Se dirigió al Teatro Español. No dejaba de mirar el cartel de *Muerte de un viajante*, la maravillosa obra de Arthur Miller que en aquellos momentos se representaba.

De repente, dejó de haber duda en sus pasos y fue directa a la entrada del teatro.

Y yo me monté la película. Ella esperaba a alguien, no llegaba, la obra estaba a punto de empezar y había tomado una decisión.

Si te dejan plantada a las tres de la mañana y deseas ver una obra de teatro, debes tomar una decisión. Creo que en ese instante, había podido más su orgullo que su tristeza.

Entró a toda prisa en el teatro. Me dio la sensación de hasta escuché como el taquillero la cortaba la entrada y como el acomodador la susurraba: “Fila seis, butaca quince, acompáñeme”.

Sentí como desaparecía de mi mundo y no supe qué hacer.

Me había encantado que entrase en el teatro. Mi madre decía que nadie debía romper el ánimo. Nadie. Jamás.

Aunque la ausencia de aquella chica del Español me dolía. Era como si me faltara algo. Es horrible y tenebroso echar de menos algo que no has poseído.

El sonido del teléfono me devolvió a mi realidad. Supe que era grave por los largos timbrazos y la cadencia entre llamada y llamada. Siempre he creído que esos aparatos tienen una inteligencia y saben cuando darán malas noticias, y por ello desean advertirnos con un tono propicio para que sepamos lo que se nos avecina.

Lo cogí al sexto timbrazo.

Abandonar la terraza fue como dejar mi destino. El olor de madera de linóleo del suelo me devolvió a mi cotidianidad. La visión de mi salón me hizo olvidar por un instante el momento que había vivido allá fuera.

—¿Sí? —Me gusta ser muy escueto cuando cojo el teléfono.

—Debes venir inmediatamente, acaba de pasar algo increíble —dijo mi jefe en un tono irritable que denotaba una gravedad extrema.

—¿Qué a ocurrido? —pregunté.

—¿No te has enterado?

—No, estaba... durmiendo.

—Pues pon las noticias y alucina. Los medios acaban de enterarse hace diez minutos. Ven rápido, te necesitamos.

Mi jefe ya no dormía. Se notaba en el tono que utilizaba cuando todavía no eran ni las tres y pico de la madrugada. Los que no dormían siempre tenían un tono de las diez de la mañana fuera la hora que fuese. Me sentí tonto al tener que decir que dormía.

Encendí la televisión. Me esperaba todo menos lo que vi. Era tan alucinante como mi jefe me había advertido.

Así que decidí cambiar de un canal a otro para constatar que era cierto lo que estaba viviendo en ese instante.

El titular de la noticia del primer canal era impresionante y hablaba por sí solo: “Confirmada la llegada del primer extraterrestre al planeta Tierra”

Los titulares de los otros canales solo diferían en aspectos puramente de redactado, pero siempre se repetía la palabra extraterrestre.

No salían fotos de él, tan solo un presentador informando desde un estudio e imágenes de archivo de películas famosas.

Me senté, bueno, me desplomé en el sofá. Me quedé minutos y minutos embobado mirando el titular y observando el circo que habían montado sin más información que la misma noticia.

Ni un dato más, ni una imagen, ni alguien que confirmara lo que decían. La nada absoluta que te absorbía.

Acababan de conseguir la noticia hacía apenas diez minutos y ya presentías que se pasarían el día sacándole punta a aquel desconcertante titular, aunque no consiguieran nada más de lo que tenían en ese instante.

Seguro que sería record de audiencia.

Mi abuela me contó que ella vivió por televisión la llegada del hombre a la Luna. Siempre recordaba que mi madre no paraba de llorar porque la estaban saliendo los dientes, y que, además, ese día era increíblemente caluroso, como si el sol se opusiera a ese momento con toda su fuerza.

Quién habría dicho que otro verano caluroso sería el marco de la llegada del primer extraterrestre a La Tierra. Afiné el oído a la calle en busca de niños chillando por problemas bucales pero solo escuché un par de ladridos suaves.

Decidí vestirme, sabía lo que me esperaba cuando llegase al trabajo. Lo supe enseguida, porque me habían llamado y aquello hacía que me sintiera nervioso pero a la vez tremendamente especial.

Elegí tonos oscuros. Me bebí una botella de litro y medio de leche en un par de sorbos directamente del envase.

Bajé por la escalera porque necesitaba pensar. No sé porqué, pero el ejercicio físico breve pero intenso me ayudaba. Todo lo que fuera rutinario, como lavar platos, montar en la bici estática o bajar escaleras fortalecía mis ideas y mi imaginación.

Ya en la plaza Santa Ana noté que la gente comenzaba a conocer la noticia.

De boca en boca, de susurro en susurro, como si el aire inocuo transportara la noticia y fuera llevándola a todos los que estaban en la terraza.

Los de la barra la trasladaban a los camareros, estos a los clientes y ellos a los transeúntes. Poco a poco, dejaban las cañas sobre las mesas y se agolpaban alrededor de la televisión, como hipnotizados. Su rutina diaria o su gran reunión quedaban suspendidas por ese hecho desconcertante que cambiaba la vida de todos.

Fui a pillar un taxi, pero justo cuando mi mano se alzaba al ver uno libre... la retuve.

El Teatro Español, ahí delante, impasible a la gran noticia me llamaba.

Enseguida lo pensé: ¿sabía ella lo que había pasado? ¿Cuándo entró se lo comentó el acomodador mientras la decía la fila y el asiento? ¿O acaso era ajena a todo mientras veía *Muerte de un viajante*? Pensé que en aquel instante, Willy Loman estaría explicándole a su mujer su altercado con el coche o quizá ya estaría criticando a Biff. Pobre Biff...

Me acerqué a esa mole de piedra teatral. Parecía un búnker. Todas las puertas estaban cerradas. Me fui en la dirección al póster donde se indicaba en pequeñito el elenco y la duración. En el teatro la duración de los espectáculos nunca está clara, pero allí ponía: “Alrededor de 120 minutos”. Pensé que durante dos horas ella estaría perdida en esa muerte del viajante sin conocer la llegada de ese viajante de otro planeta, que a lo mejor provocaba la muerte de nuestra vida tal y como la conocíamos.

—¿Quiere un taxi o no?

El taxista al que había ocultado mi mano se había percatado, había aminorado y me miraba ansioso. De reojo vi que ya había puesto en marcha el taxímetro. Nunca me han gustado los taxistas; no me fío de ellos. Mi madre tomaba tantos que me decía que no había elección: “Los taxistas son como los miembros de la familia. Son la suegra o el tío que sabes que te la jugará pero a los que tienes que querer”.

—Si no lo quiere no levante la mano.

Odiaba coger aquel taxi, pero aquella plaza o estaba a rebosar de taxis libres o igual no aparecía otro.

Subí lentamente mientras escuchaba la fuerza del teatro, ese sonido que parece imperceptible pero que está lleno de un intenso poder. Se oye cerca de todos los teatros; es un sonido muy leve que contiene interpretaciones teatrales, suspiros de espectadores y movimientos suaves de tramoyistas.

Ese es el sonido de mi infancia, ya que me crié en numerosos teatros de cientos de países. Mi madre era mujer de teatros. Si me oyera decir esto me mataría, porque ella era mujer de danza.

—¿Adónde?

—A Torrejón. Al Bloque E.

—¿En serio? —Noté como el corazón de aquel taxista palpitaba al ritmo de su taxímetro. Todo su ser se emocionaba, hasta quizá tubo una erección pensando en lo que ganaría, ya que Torrejón era un buen destino para sacarme mucho dinero.

—En serio. Y si no le importa apague el aire acondicionado, bajaré las ventanillas.

Lo hizo sin rechistar. El taxi arrancó y dejé mi plaza y a aquella chica que me había conmocionado.

Cerré los ojos fingiendo cansancio, para que el taxista captara que no deseaba hablar. El comportamiento en los cinco primeros minutos es el que marca el trayecto en el taxi. Sentí como él me miraba por el retrovisor; luego puso la radio y se olvidó de mí.

Yo continué un rato con los ojos cerrados, sabiendo que en pocos minutos me encontraría “rostro a rostro” con ese extraterrestre que tanto fascinaba a todo el mundo.

6

LA DANZA DEL ESÓFAGO

Poco a poco, kilómetro a kilómetro, fui abriendo los ojos. Era la primera vez que salía de casa después de conocer la muerte de mi madre. Lo del banco, por estar en mi mismo portal, no contaba.

Todo seguía igual en la calle. La gente caminaba sin rumbo, los coches circulaban nerviosos y la noche continuaba tan latente como siempre.

¿Quién debe morir para que el mundo se paralice por completo y desistamos de nuestras costumbres diarias? ¿Qué persona es suficientemente importante para que todo varíe de manera visceral?

Mientras sorteábamos el intenso tráfico e domingo a las cuatro de la mañana fui repasando en aquel taxi mi vida junto a mi madre.

Ella siempre deseó que yo fuera creativo. Jamás lo dijo con estas palabras, pero sé que lo pensaba.

Primero me instruyó en la danza. A mí siempre me ha gustado observar como los bailarines y bailarinas ejecutan sus coreografías. Ella era muy dura con ellos, no los consideraba sus hijos, ni tan siquiera sus amigos. Creo que eran simplemente el instrumento para lograr lo que deseaba. Cuchillos y tenedores para acercar el manjar a su boca.

Como explicaros su danza... Eran coreografías diferentes, llenas de vida y de luz. Odiaba todo lo que fuera clásico. En el baile y en su vida.

—¿Qué es la danza? —la pregunté un invierno frío en Poznan donde la temperatura no superaba los —5°C.

—¿Tienes tiempo para escuchar la respuesta, Marcos? —me respondió de manera gélida.

Como odiaba que pensase que mis catorce años no eran jamás suficientes y que siempre que la consultara algo que oliese a adulto tuviera que escuchar esa dichosa respuesta. Me molestaba enormemente. Hacía que me sintiera como un niño sin concentración y cuestionaba mi interés.

—Claro —repliqué ofendido.

—La danza es la forma de mostrar el sentimiento de nuestro esófago —sentenció.

Y como supondréis no entendí nada.

Os pongo en antecedentes. Ella creía que el corazón era el órgano más sobrevalorado que existía. El amor, la pasión y el dolor pertenecían en exclusiva a ese pequeñajo rojo asíncope. Y eso la molestaba en exceso.

Por ello, no se cuando, me parece que antes de que yo naciese, decidió que el esófago sería el órgano que poseería la vitalidad artística. Y según ella, la danza plasmaba su vitalidad; la pintura mostraba sus colores; el cine, su movimiento, y el teatro su lenguaje.

—¿por la M-30 o por la M-40? —me consultó el taxista devolviéndome a la realidad con una de las dudas más terrenales que existen.

—Usted mismo —repliqué, y él volvió a su mundo y yo al mío.

A los dieciséis años decidí pintar.

La danza la abandoné porque era su mundo, el mundo de mi madre. Sabía que jamás podría llegar a nada, que no tenía ni una mínima parte de su talento. ¿O acaso el hijo de Humphrey Bogart o de Elizabeth Taylor se sintieron capaces de emular a sus progenitores?

Yo quería pintar la vida, quería hacer una serie de cuadros, una trilogía de conceptos. Plasmarlos en pinturas. La vida en tres lienzos.

No era una idea al azar, me vino cuando vi el cuadro *La vida de Picasso*. Es mi cuadro favorito del artista. Lo vi en Cleveland; mi madre estrenaba en esa ciudad su último e innovador gran espectáculo y yo me pasé tres horas observando aquella maravilla en el museo. No vi ningún lienzo más. Con dieciséis años quedé fascinado con aquella obra maestra de color azul.

¿De qué va “la vida”? Pues de amor.

Mi madre siempre decía que todo lo bueno a nivel artístico hablaba del amor. Las míticas películas que se reponen, las obras eternas que se representan una y otra vez en teatro y hasta los libros épicos que se releen durante lustros y lustros. Todos tienen en común el amor o la pérdida de ese amor.

En particular, en el cuadro de *La vida* hay cuatro grupos de personas: una pareja que se ama, otra que se desea, un chico solo que ha perdido a su amada y otro feliz por lo tenerla ya consigo. Yo creo que cada grupo simboliza una etapa de nuestra vida, los momentos puntuales que tenemos, que sentimos.

Yo, en ese instante de mi vida, me sentí como el chico solo, el que había perdido a su amada pero que no deseaba eso. El amor solitario no dejaba de ser amor, pero es totalmente diferente al de la pareja que se quiere, la que se desea y el que se alegra de su propia pérdida.

Me pregunté si aquel taxista estaría enamorado en aquel instante. Si deseaba a alguien en silencio, si aquella noche había practicado sexo, si había disfrutado.

Ojalá pudiésemos hacernos esas preguntas sin rubor. De la misma manera que ese cuadro te obliga a respondértelas con tan solo observarlo un largo rato.

Mi madre jamás me culpó por no ir a su estreno en Cleveland. La hablé del cuadro de Picasso y de mi idea de pintar una trilogía sobre la vida.

Ella me escuchó atentamente, se tomó sus buenos diez minutos (jamás respondía con rapidez a cuestiones importantes; además, opinaba que el mundo iría mejor si todos lo hiciéramos) y me dijo:

—Si quieres pintar una trilogía sobre la vida, habla sobre infancia, sexo y muerte. Eso es la vida en tres conceptos. —Luego se marchó a darse su baño postestreno.

La encantaba el agua. Decía que las ideas, la creación, dependen de lo que te rodea.

Opinaba que la gente piensa que el aire que respiramos es el conductor ideal para crear, pero que están totalmente equivocados. Podría ser el agua, y me explicaba que muchos inventores habían tenido sus mejores ideas cuando su cuerpo estaba sumergido del todo. O también podría ser el oxígeno mezclado con la música en un concierto o escuchando la misma canción una y otra vez mientras se busca la idea perfecta. O a veces, tan solo oliendo la madera quemada de una chimenea podía ser que encontrases la inspiración.

Ella se pasó la vida buscando su atmósfera ideal para crear. Yo siempre creí que eran sus baños postestreno, hasta que un día en un avión me dijo:

—Creo que mi olor de creación es la mezcla de tu respiración junto con la mía. —Entonces respiró fuertemente y me indicó que yo también lo hiciera. Exhalamos e inspiramos dos o tres veces—. Ya vienen las ideas... —dijo mientras me sonreía.

Me sentí alagado y a la vez muy avergonzado.

No volví a hablar en aquel avión. Casi intenté no respirar y fue un viaje largo de ocho horas entre Montreal y Barcelona.

A veces es difícil aceptar que te digan algo tan bonito.

El taxista cambió de emisora; la música desapareció y volvió la noticia sobre el extraterrestre. El taxista, que parecía que la desconocía, subió al máximo el volumen como si con ello obtuviese más información de la que en realidad daban.

—¿Oye lo que dice? —preguntó sobresaltado.

—Sí.

—¿Cree que es verdad? —Cambió de emisora varias veces—. Joder que fuerte, ¿no? Un extraterrestre aquí, ya no saben que inventarse.

—No, ya no saben que inventar —repetí sin saber qué más responder.

La conversación cesó nuevamente. El aceleró; creo que le molestaba mi indiferencia. Si supiera que dentro de dieciséis minutos yo estaría junto a aquel extraterrestre, supongo que entonces estaría mucho más interesado en ese pasajero tan poco comunicativo.

Hice caso el consejo de mi madre sobre la trilogía. Pinté la muerte con veintitrés años y la infancia con diecisiete pero jamás el sexo.

Creo que a veces no te atreves a pintar algo que sabes que es tan profundo en ti.

Mi madre me hablaba tanto y tanto de sexo cuando era pequeño que acabé aborreciendo todo lo tuviera que ver con él. Jamás he dejado de practicarlo, pero creo que no he sabido lidiar con él en una paleta de colores.

La muerte fue fácil de pintar.

Aunque me costó mucho que me dejaran contactar con ella. Recorrí cientos de cárceles de Estados Unidos en las que estaba en vigor la pena de muerte. Conseguí, gracias a un director penitenciario enamorado de mi madre, que me dejara entablar amistad con presos que morirían próximamente y les pregunté sobre la muerte que les esperaba a corto plazo.

Horas y horas hablándome sobre la muerte y yo escuchando. Meses en busca de algo que me mostraran que pudiera pintar. ¿O acaso ellos y los enfermos terminales no son los únicos lúcidos respecto a la muerte? La esperaban, la conocen, la atisbaban desde hace años, a veces a medio palmo. Y creo que hasta llegan a ser buenos amigos con fecha de caducidad.

Preferí los presos a los enfermos porque de alguna manera el dolor no sería tan intenso y la muerte se definiría más claramente, sin estar mezclada con otro sentimiento duro y casi imposible de retratar.

Todos aquellos presos que conocí parecían inocentes, les hubiera perdonado la vida. No sé qué tiene la muerte que hace que todos los seres humanos parezcan tan frágiles e inocentes.

Y aquellos condenados me hablaron de tantas cosas, algunas tan oscuras, otras terriblemente llenas de luz...

Hasta que conocí a uno... David se llamaba. A Davis iban a ejecutarlo por violar y matar a sus dos hermanas. Pidió su última comida, un extraño rito que se conserva en todas las cárceles. Una gentileza absurda.

El no pidió gran cosa, un helado de nata y nueces. Pero cuando se lo llevaron, en aquella inexpresiva bandeja azul, fue cuando vi que aquello era la muerte. Tan solo debía de pintar su última voluntad.

Cogí los pinceles y pinté aquello; fui todo lo realista que pude. La blanca nata, las ocreas nueces y el azul de la bandeja.

David murió, no vi como fue, no pude soportarlo, me había encariñado con él.

La pintura, según mi madre, rezumaba muerte.

Yo casi no podía mirarla, así que se la regalé a un viejo amigo. Ni tampoco he podido comer helado de nata con nueces. Cuando lo intento es como si la muerte me produjera arcadas.

La infancia fue más fácil de dibujar. Recuerdo que mi madre siempre decía que era mentira que fuese la época más feliz de nuestra vida. Ella opinaba que es cuando más lloramos. Decía que se llora tan desconsoladamente durante esos primeros años, que la infancia es como toneladas de tristeza mezclada con kilogramos de felicidad. La gran época bipolar de nuestra vida.

Eso fue mi inspiración. Pinté a niños pequeños a los que regalaba juguetes y a los dos minutos se los arrebatava.

Buscaba las lágrimas más creíbles, los sollozos más dramáticos mezclados con la sonrisa y la felicidad increíble que aún perduraba en su rostro. La posesión y la pérdida de juguetes producían ambas reacciones.

Acabé logrando una pintura realmente perturbadora. Felicidad y tristeza extrema, infancia pura. Mi madre estuvo tan orgullosa de mí... Me abrazó tan fuerte que sentí como nuestros dos esófagos se fundían. Seguidamente me susurró:

—El sexo. Ahora ve a por el sexo. Marcos. Píntalo.

El sexo. Jamás di un paso por pintarlo. Creo que mi madre no me lo perdonó. Comenzó a obviar mi pintura. La prometí que acabaría la trilogía, pero habían pasado trece años y casi lo había olvidado todo.

En pocas horas su cadáver llegaría y se cumpliría una premonición que me dijo hace años en un barco rumbo a Finlandia: “Un día mirarás mis ojos sin vida y no habrás creado la trilogía sobre la vida”. Odiaba que tuviera razón como cuando creía que con catorce años no prestaría atención a su respuesta sobre mi pregunta adulta.

Odiaba que me lo dijese de una forma tan teatral. Y sobre todo odiaba que existieran ojos sin vida.

El taxista llegó al destino.

Le pagué; no le dejé nada de propina. Me esperaba mi ayudante en la puerta del complejo. Dani era de piel resplandeciente. No sé como la había conseguido, pero siempre respiraba frescura.

Sé que sentía un gran aprecio por mí y siempre intentaba ofrecerme una amplia sonrisa. Tenía una galería de doce o trece sonrisas, aunque aquel día su piel estaba retraída y su sonrisa era una mueca de preocupación. Todo su rostro estaba completamente encogido.

Me miraba con sus ojos verdes llenos de preocupación.

Bajé del taxi; el taxista arrancó casi en el instante en el que yo cerraba la puerta. Un poco más y seme lleva. Creo que le había jodido que no le dejara propina.

—Está dentro —dijo mi ayudante en cuanto el taxi huyó—. No sé como es pero quieren que lo veas inmediatamente. Todo el mundo está nervioso.

—¿Es verde, diminuto, antenas y ojos gigantes y negros? —bromeé.

—No —respondió sin reír.

Subimos aun segundo coche y nos dirigimos a las oficinas. No esta nada nervioso; tan solo pensaba que debería acabar el cuadro del sexo antes de que llegase el cadáver de mi madre, antes de mirar sus ojos sin vida.

Realmente todavía no los había visto, así que aún podía acabar mi trilogía.

Sé que parecía estúpido. Iba a conocer al primer extraño que llega al planeta Tierra y mi cabeza solo pensaba en hacer un extraño cuadro sobre sexo.

7

NO SE SI EL DON ME ENCONTRÓ O SI YO LO ENCONTRÉ A ÉL

Me gustaba mucho el corto trayecto de la entrada a la oficina central. El conductor, un peruano de sesenta años con alma joven, siempre colocaba un CD de los Cramberries en cuanto me veía subir al coche. Seguidamente me sonreía mostrando sus dos dientes de oro.

Un día me contó que eran de su padre. Que cuando murió, él se los hizo arrancar, se los quedó, se hizo sacar dos de sus dientes sanos y se implantó los de su padre.

—Mi padre está dentro de mí —me dijo un día mientras me sonreía por el retrovisor mostrando sus dientes dorados paternos.

—Seguro que estaría orgulloso de ti —contesté.

—No lo creo —añadió—. Esta era la única parte brillante de mi padre; el resto no era bonito de ver, ni iluminaba a nada ni a nadie.

No volvimos a hablar de su dentadura nunca más, pero siempre que sonreía yo me sentía unido a él.

Me gusta la gente que te hace sentir cálido tan fácilmente. Lo hacen de una manera tan sencilla que no reconoces como lo logran. Es como uno de esos códigos ocultos de Microsoft. La fuente la reconoce solo el creador.

Dice un proverbio chino que adoro: “No abras una tienda si no sabes sonreír”. Mi conductor peruano podría abrir cien grandes almacenes.

Dani continuaba muy nervioso; su piel iba perdiendo la poca textura que le restaba. Hizo una señal al peruano y su sonrisa desapareció tras un cristal negro que nos apartaba de él y de la música de los Cramberries.

—Cuenta, ¿es cierto lo que dicen las noticias? —Decidí adelantarme a su inquietud.

—Sí. Lo tenemos dentro. Quieren que hables con él, que utilices tu don y confirmes que de verdad es quien dice ser —respondió Dani intentando como siempre que “don” no sonara excesivamente extraño en sus labios.

Me quedé pensando. No estaba seguro si con él funcionaría mi don. Esperaba que sí, ya que nunca me había dejado tirado, pero no las tenía todas conmigo.

Dani respetó mi silencio durante casi medio minuto, pero enseguida volvió a interrumpir mis pensamientos.

—¿has dejado de dormir ya?

Eso sí que no me lo esperaba, un cambio radical de conversación. Supuse que deseaba distenderme. Saqué las dos inyecciones que llevaba en el bolsillo y se las mostré. El las miró con tanto deseo como si fuesen panecillos en la época de la Gran Depresión. Creo que nunca las había visto tan de cerca.

—¿Son de verdad? —preguntó mientras las acariciaba suavemente cual gato.

—Me han costado como si lo fueran.

—¿Y porque no te las has puesto? —preguntó mientras se las acercaba a su piel.

—No sé, no era el momento.

—¿Y la otra para quién será? —dijo devolviéndolas antes de que se las inyectara en un raptó.

Si, es verdad, no os había contado que si comprabas una te regalaban otra. No es que hubiera una oferta de 2 por 1 con las inyecciones de dejar de dormir si no, que por una razón de fabricación, la medicina necesaria para crear una inyección era la misma que para dos, así que era como si te regalaran la otra.

Yo intenté disuadirles, no me interesaba tener otra y me hubiera ido bien una rebaja, pero no conseguí nada. La verdad es que no había pensado en lo que me preguntaba Dani; no sabía a quién le daría la otra.

—¿La querrías tú? —pregunté.

Sé que él deseaba dejar de dormir. Lo había comentado cientos de veces, pero su nivel económico no se lo permitía.

—No puedo pagártela —contestó mientras se sonrojaba como siempre que le dirigían un alago excesivo.

—No te la estoy vendiendo Dani, te la estoy regalando.

—No puedo pagarlas, lo siento. —Seguidamente bajó el cristal negro— El jefe te estará esperando en la entrada, desea hablar contigo antes de que veas al extraño.

Pronunció la palabra extraño justo en el instante en el que el cristal desaparecía totalmente. Sé que ya no debía preguntar nada, porque ya no poseíamos intimidad, pero no pude evitarlo.

—¿Le llamáis el extraño?.

Finalmente Dani dudó en contestar, miró al peruano, luego a mí y debió de decidir que el peligro de filtraciones era mínimo o que la información no tenía ningún valor.

—Sí, así lo han decidido. Hasta que se confirme su procedencia será: “el extraño”.

El coche frenó. Habíamos llegado al edificio central. Vi los zapatos del jefe al lado del vehículo.

Esta a la espera de que Dani abriera la puerta pero él no lo hacía, permanecía inmóvil, como si quisiera decirme algo más. Yo le miré como invitándole a que lo hiciera. Pero él tardaba y los zapatos del jefe cada vez se notaban más nerviosos, más llenos de espera. Era como si bailasen claqué.

—Te agradezco el ofrecimiento —dijo finalmente sonrojándose de nuevo—. Ya sabes que no hay nada que desee más en esta vida que dejar de dormir. Dame dos horas para reunir algo de dinero, si te parece suficiente te compraré la otra inyección.

Abrió la puerta tan rápido que no tuve tiempo de responderle. Me encantaba la fragilidad de Dani. Sonreí al peruano antes de abandonar su territorio.

—Yo creo que el extraño es un extraterrestre —me dijo sonriendo—. Suerte con su don, a ver que descubre.

Siempre había sospechado que aquel cristal oscuro no sería de nada. Cuando lo subíamos sentía la respiración del peruano absorbiendo todo lo que decíamos. Asimilándolo, procesándolo y finalmente mirándonos cuando creíamos que no se había percatado de nada.

Aunque, seguramente, si el peruano nos escuchaba o no tras el cristal oscuro os da bastante igual. Creo que ahora mismo os estaréis preguntando cual es mi “don”. A qué me dedico, con qué me gano la vida.

La pintura, como bien intuís, fue un *hobby* que no llegó a profesión. Creo que no hay nada más duro que reconocer que tu vena artística no te dará un futuro profesional.

Hay algo desolador, triste, cuando tienes que formar parte del saco de aquellos para los que su trabajo y su creación quizá no van a la par.

Pero eso no quiere decir que haya abandonado la pintura. Aún pinto en mis ratos libres. Aunque no de verdad, no en lienzos, si no en mi imaginación. Y la verdad es que tengo muchos ratos muertos; mi trabajo no me ocupa mucho, ya que es poco habitual.

No sé bien si el don me encontró a mí o yo lo encontré a él.

—Esperamos mucho de ti, Marcos —me dijo el jefe en cuanto pisé el suelo.

Seguidamente me apretó tan fuerte la mano que sentí como dos de mis dedos estuvieron apunto de fracturarse.

Mi jefe era un sesentón belga que había sido campeón olímpico de tiro con arco. Le había visto disparar en una sola ocasión; su rostro era de placer absoluto cuando cogía el arco. Me encantan los rostros que aparecen junto a la pasión de nuestra vida.

Mi madre opinaba que el mundo sería mejor si nuestro yo sexual invadiera nuestro yo de ir por casa. Ella me contó cuando yo tenía quince años que debía entender que había dos personas en mí: mi yo sexual y mi yo de ir por casa.

—Tu yo sexual, Marcos, quizá aún no lo conoces —me dijo mientras esperábamos en el patio de butacas antes de un ensayo general en Essen—Pero pronto lo sentirás. Aparecerá en momentos puntuales de tu vida: cuando desees a alguien, cuando practiques sexo o simplemente en los momentos más inverosímiles.

Tu yo sexual es lo más importante de tu vida porque cuando entres en un lugar que nunca has estado se activará. Notarás como rastrea, busca lo que desea, se enamora, se encandila, se llena de pasión.

Quizá aún no lo has sentido, pero dentro de poco, siempre que conozcas gente acabarás preguntándote que significarán esas personas en tu vida.

Tan solo al entrar en un avión sabrás al instante qué personas desees, qué personas serían capaces de sentir amor por ti o sentir tú amor por ellas y con cuales desearías tener sexo.

Es innato en las personas y debes comprender que desear, que sentir, no es malo. Forma parte de tu yo sexual. Tu yo de ir por casa, tu yo formal, apagará tu yo sexual, lo hará dócil a ojos de la sociedad, presentable.

Pero, Marcos, ¿cómo vamos a conocer a la gente que nos rodea si no sabemos como son realmente, si no conocemos sus jadeos, sus deseos sexuales, la forma en que muestran su pasión más extrema...? ¿Cómo puede ser que no conozcamos todo eso? Cuando seríamos mucho más felices si nuestro yo sexual controlara nuestra vida y nuestro rostro mostrara la felicidad de la pasión.

El ensayo general comenzó en Essen y ella se olvidó de mí a partir de ese instante.

Recuerdo cada una de sus palabras. Jamás me he atrevido a aplicar nada de lo que me dijo, pero sé que no hablaba de orgías ni de hacer lo que deseáramos en cualquier instante de la vida.

Hablaba de que la felicidad que sentíamos en la alcoba debía trasladarse a la oficina, a un días triste de invierno mientras paseamos por la calle o esperamos el autobús.

Cuando mi jefe cogía el arco, creo que su yo sexual aparecía. El sonido que emitía era como minijadeos de pasión. Y todo él resplandecía como nunca lo habías visto. Ese día pensé que mi madre tenía razón y la comprendí un poco más.

—Haré lo que pueda —respondí a mi jefe mientras entrábamos en las oficinas.

Quizá también esa hubiera sido una buena respuesta al discurso de mi madre en Essen.

Pero no la dije nada. Con mi madre muchas conversaciones quedaban inconclusas. Ella no creía en finalizar, ni discusiones ni charlas, ni espectáculos de drama.

Decía que los puntos finales facilitaban la vida a la gente. Los puntos aparte y los suspensivos incrementaban la inteligencia.

Como la echaba de menos, me dolía su pérdida hasta un extremo que jamás hubiera imaginado. Deseaba llorar, pero no conseguí hacerlo. Tan solo había soltado una solitaria lágrima en una terraza. Y eso no llega a lloro. Lloro son como mínimo dos o tres lágrimas; una solo es pena.

Nos dirigimos al sótano. Era lógico que retuvieran allí al extraño. Las caras de todos aquellos con los que nos tropezábamos me miraban con esperanza. Todos sabían de mi don y de lo que yo podía hacer.

Mi don... Es difícil explicarlo. Cómo aprendí a utilizarlo es todavía mucho más extraño de relatar. Cómo acabé trabajando para ellos, pues creo que tampoco es nada sencillo de explicar.

Pero deseo contároslo. Hay cosas, pequeños detalles, que forman parte de uno mismo y te hacen ser como eres. Y el don era algo que me definía.

Aunque lo utilizaba muy poco. No me gustaba usarlo en la vida normal, así que lo tenía casi siempre desconectado. Hacía que me sintiera más vivo. Si hubiera tenido conectado el don cuando vi a la chica del Español quizá no habría sentido lo mismo por ella.

Lo que sentí fue primario, fue muy auténtico. Enamorarme de una espera. Volví a pensar en ella, aún estaría en el teatro, disfrutando, sonriendo y gozando de aquella obra del viajante.

¿Cómo podía añorarla tanto sin conocerla? El ser humano es mágico e indescriptible. Sentía algo especial al volver a recordarla.

La primera vez que me encontré con el don fue también en un teatro. Yo tenía diecisiete años. Dicen que esa es la edad en la que aparecen los dones. Ese día conocí en los camerinos a una bailarina nueva. Mi madre confiaba mucho en ella para dar un nuevo estilo a su coreografía.

Me tropecé con la danzarina en aquellos vestuarios profundos de Colonia y, de repente, sin entender porqué, en apenas un par de segundos, tan solo mirándola, conocí toda su vida.

Sus sueños, sus deseos, sus mentiras llegaron a mí. Todo lo que eran sentimientos y pasiones realizadas me fueron transmitidas de manera clara, como si las recibiera a través de infrarrojos.

Percibí el dolor por la muerte de su hermano pequeño. Un dolor tan grande que me di cuenta de que provenía de la culpabilidad que ella sentía por haberlo dejado solo en casa. También sentí la tristeza que la invadía cada vez que tenía sexo con desconocidos. No la gustaba, la violaron con quince años y el sexo para ella jamás era agradable, tan solo formaba parte de algo que sentía que debía hacer aunque no fuera placentero.

Y como esos dos sentimientos tan profundos, me llegaron más de una docena. Era como escarbar en su vida sin ni tan siquiera desearlo. Mi rostro se llenó con sus emociones, hasta tal punto que tuve que marcharme, alejarme de ella. No sabía que había pasado, pero había visto su vida, sus puntos débiles y también lo que hacía que se sintiera cómoda y orgullosa.

También me llegó su odio hacia mi madre. Era un odio tan fuerte y terrible que llegué a pensar que incluso podía matarla.

Pero no la dije nada a mi madre, porque no pensé que nada de aquello fuera cierto.

Dos meses más tarde, aquella bailarina le clavó a mi madre unas tijeras en el corazón. No fue grave, pero tan solo dos centímetros más hacia la izquierda y mi madre hubiera muerto.

En la UCI la conté lo que había sentido cuando conocía su atacante. Ella me miró, se tomó un tiempo y me dijo:

—Tienes un don, Marcos. Aprende a utilizarlo y no dejes jamás que él te utilice a ti.

Nunca más volvimos a hablar de mi don. Su corazón se recuperó. A ella nunca la importó, porque su desprecio a ese órgano que consideraba sobre valorado era máximo. Yo creo que era su esófago el que controlaba sus emociones más importantes.

—¿Quieres entrar solo a ver al extraño? —preguntó mi jefe.

Asentí.

—¿Cuánto hace que lo tenéis retenido? —pregunté antes de entrar.

—Tres meses —contestó.

—¿hace tres meses que lo tenéis encerrado? —me indigné.

—Hemos probado todo tipo de métodos, pero no hemos logrado saber si es o no un extraño. A ver qué dice tu don.

Si habían recurrido a mí, era porque yo era su última opción. Antes que yo, seguramente habían cruzado esta puerta militares, psicólogos, médicos e incluso hasta torturadores de élite. Todos ellos debían de haber fracasado porque en las altas esferas mi don no era muy popular.

—¿Cómo se ha enterado la prensa? —indagué.

El jefe se estaba poniendo cada vez más nervioso. Creo que no quería que le hicieran preguntas si no que le diesen respuestas.

Filtraciones, supongo —musitó sin ningún interés.

—Pues, por lo que he visto en televisión, en pocas horas los medios querrán conocerle.

—Por eso estás aquí —sentenció, deseoso de que entrase.

—Tenéis que apagar todas las cámaras, si no habrá interferencias.

Su rostro cambió radicalmente, no pretendía perder la comunicación con aquella sala.

—¿Por esta vez no puedes intentar poner tu don en marcha con las cámaras en funcionamiento?

—El don no funcionará —le recordé—. Las interferencias electromagnéticas no me dejarán distinguir lo que es real de lo que es falso. Lo imaginado de lo acontecido.

Mi jefe se frotó el rostro; no le agradaba en absoluto. Imaginé lo que le costaría trasladar mi petición a sus superiores. No les haría ninguna gracia perder ese momento curioso con el extraño.

—Está bien, lo apagaremos todo —aceptó—. Tú haz lo que debas para obtener la información.

Se fue y me quedé solo frente a aquella puerta.

8

LA CHICA PORTUGUESA Y EL PANADERO QUE AMABA A LOS CABALLOS

Antes de entrar y de girar el pomo comencé a dejar que el don penetrara en mí. No era algo doloroso, era una mezcla de extrañeza y placer.

No os he hablado mucho del don, pero cuando dejo que me invada me siento muy poderoso.

El don me hace presentir... Bueno, no me gusta esa palabra... Digamos que me “da” de inicio el recuerdo más terrible y también el más placentero de la persona a quien estoy mirando a los ojos fijamente.

He visto crímenes horribles, deseos consumados, dolor insoportable, terror psicológico y seguidamente amor sin límites, pasión desenfadada y felicidad extrema.

En ese instante inicial en el que observo a la persona obtengo esa dualidad de sentimientos. Es como ver un tráiler de ambos sentimientos. Me llegan, veo la secuencia de sus dos grandes instantes y seguidamente veo doce momentos extra. Son como una sucesión que va de lo horrible a lo placentero. Como si fueran números complementarios de la lotería principal.

Esos ya no los veo como tráilers de dos minutos si no como teasers de catorce segundos.

Y, a veces, en esos doce momentos está la clave de la persona que examino. A menudo, los extremos están tan alejados que no me sirven para comprender a la persona. Los extremos no nos definen.

Recuerdo el primer día que colaboré con la policía. Mi panadero de Santa Ana me vendió una baguette. Yo tenía el don encendido aquel día y de repente vi con todo detalle como asesinaba a su mujer y seguidamente sentí su amor por los caballos. La equitación era su pasión. Esa veneración por los animales se solapaba con la muerte dolorosa de un ser humano entre sus manos.

Fui a la policía. Aún no comprendo como aquel inspector me creyó. Justamente es el mismo al que ahora llamo jefe. Han pasado años y ambos hemos cambiado en lo físico, pero poco en lo esencial.

Recuerdo cuando le conté todo lo que había sentido sobre el panadero. El descolgó el teléfono y sin dudarlo envió una patrulla, que encontró el cadáver de la esposa a punto de ser horneado y convertido en alimento para yeguas y caballos.

Me sentí tan inútil cuando me lo contó, cuando me enseñó las imágenes del cadáver troceado... No había conseguido salvar la vida e esa mujer. Ella estaba muerta, porque ese don no me daba más que imágenes consumadas.

Jamás me mostraba el futuro, ni asesinatos planeados, pero no realizados, ni sueños turbios y horribles pero que no habían sido ejecutados.

Nunca había deseos si no realidades. En el caso de la bailarina de mi madre vi odio, pero jamás pensé que ese odio se convertiría en intento de asesinato.

Fui al sepelio de la mujer de mi panadero.

Me sentí fatal, pensé que era cómplice de ese asesinato por haber, de alguna manera, sido testigo de ese instante.

Aunque con retraso, había presenciado su muerte como un convidado de piedra. Era duro de soportar. Yo era como un video, tenía la secuencia grabada pero no había estado en el directo. Un observador macabro del diferido.

El jefe también estaba en el entierro. Me observó sin decir nada. A la salida me invitó a un café helado. Y en aquel horrible bar de cementerio fue directo al grano.

—¿Te gustaría trabajar conmigo?

—¿Con la policía? —indagué.

—Sí —respondió—. Aunque me gustaría que tan solo tuvieras contacto conmigo para evitar...

—¿Burlas? —pregunté.

El escogió bien la palabra; me gustó, es lo que habría hecho mi madre en aquella situación.

—Malentendidos —precisó.

Le dije que debía pensarlo.

Tenía el don desde hacía más de seis años y jamás había pensado que pudiera servir para nada más que para descubrir que rara es la gente, ya que observaba simultáneamente su maldad y su extrema bondad.

—¿Puedo pedirte algo? —dijo en cuanto me levanté sin haber bebido un sorbo de mi café helado.

Supe lo que iba a pedirme. Cuando hablo a la gente de mi don todos desean que lo use en ellos. Que les revele esos dos estados extremos que conviven dentro de ellos y sus doce sentimientos colindantes.

—¿quiere conocer sus extremos? —pregunté sin rodeos, facilitándole el mal trago.

El afirmó acabando su café helado con pasión. Instalé el don en mi y le miré.

—Mató a un detenido, no fue algo premeditado ni hecho a propósito —dije al ver aquella secuencia nítida en mi mente—. Usted no fue el causante de aquella desgracia, si no un policía con barba que rondaba los cincuenta años pero usted se siente culpable por ese asesinato. Nunca lo ha olvidado.

Su cara palideció, supongo que no debía de ser agradable encontrarse con un desconocido en un bar de cementerio y que desvele tu gran secreto.

—Tiene una amante —continué—. Una chica portuguesa. Ella es su gran alegría, el otro extremo. Los viernes por la tarde se ven en la casa que ella tiene cerca de un río. Usted se siente muy joven cuando está con ella. Esas horas que pasan juntos son su felicidad extrema.

No dijo nada. Además me di cuenta de que era viernes y que seguramente la ropa elegante y el olor a colonia no eran una muestra de respeto hacia la mujer del panadero si no hacia la chica portuguesa que rondaba los cuarenta.

El no dijo nada y yo me marché del bar.

Ya en la calle dudé si aceptar su oferta. Mientras veía aquel centenar de tumbas decidí que aquello no era para mí.

Tardé dos años más en aceptar su oferta. Aunque durante aquel tiempo nos hicimos amigos. Conocí a la chica portuguesa y visité la tumba de aquel hombre que asesinó a aquel detenido. Aquel policía con barba era su padre. El nunca tubo coraje de denunciar lo que hizo pero hablarme de ello hacía que se sintiera mejor.

¿Por qué acepté trabajar con él? Pues creo que fue para dar sentido a mi don. Lo necesitaba. Todos deseamos que nuestros actos tengan un sentido.

Delante de aquella puerta, a punto de girar el pomo y conocer al extraño más famoso del mundo, sentía que el don cobraba su verdadero sentido.

Si el extraño era quien decía la televisión, la imagen que obtendría de él sabría para saber cual era su historia, su origen y hasta sus intenciones en este planeta.

La bondad y la maldad son como los puntos cardinales de uno mismo. Como en ese juego en el que hay que unir catorce puntos para obtener una imagen.

Los catorce puntos estaban en mi mano.

Cogí aire, puse el don al máximo y abrí la puerta.

9

LLUVIA ROJA SOBRE LA INFANCIA

Esperaba que al abrir la puerta me encontraría con un ser viscoso. Quizá porque esa era la idea que yo tenía sobre los extraños de otros mundos.

Viscosidad, si, ésa era la característica que me rondaba por la cabeza. No sé porqué pero no podía apartar de mí esa imagen.

Abrí la puerta con temor. Y allí estaba, sentado en medio de la sala de interrogatorios. No me miraba si no que miraba al suelo, pero no era nada viscoso.

Tendría catorce años y era muy “humano”, en el sentido tradicional del término. Y nada viscoso.

Físicamente se parecía mucho a Alain Delon en la película *A pleno sol*. Rezumaba vitalidad y era sorprendentemente bello. Aunque no quitaba la vista del suelo, se intuían unos grandes ojos y su cabello parecía tener un tacto muy suave.

No dijo nada, ni tan siquiera levantó la cabeza en ningún momento.

Me senté delante de él. Nos separa una pequeña mesa cuadrada blanca llena de garabatos que habían escrito los presos cuando los dejaban solos. Leí por encima frases como: “soy inocente... no debo estar aquí... han faltado a mis derechos...”

El seguía con la mirada fija en el suelo. Parecía un adolescente tímido.

La ropa que llevaba se la había prestado la institución en la que se encontraba y recordaba a un pijama azul de hospital. El cuello estaba muy desbocado y mostraba parte de su piel, una piel normal. Nada viscosa.

Le saludé: “Hola”. El no me contestó; creo que ni se había percatado de mi presencia o no le interesaba en absoluto.

Realmente no parecía nada extraño, tan solo era un crío.

Busqué su mirada para obtener lo que había ido a averiguar, pero enseguida noté que el don no funcionaba. No me habían hecho caso y los aparatos electrónicos y de escucha estaban conectados.

Hice un gesto con las manos al espejo que presidía la sala y fui señalando todas las cámaras que interferían mi don.

Esperé unos segundos, el extraño cruzó las piernas. Su indiferencia comenzó a ponerme nervioso.

Presentí como iban apagando cada uno de los aparatos electrónicos y noté que mi don iba aumentando en fuerza e intensidad. El placer extraño me iba poseyendo. Era como sentir un color caluroso y agradable.

Cuando apagaron la última escucha electrónica sentí que estaba solo. Aunque nos observaban a través del espejo no pían saber que hablábamos ni tan siquiera hacer un zoom de una parte de nuestro rostro.

El extraño y yo estábamos solos. Me sentí poderoso.

—Ayer murió tu madre, ¿verdad? —me preguntó el extraño sin ni siquiera levantar la mirada.

Mi corazón y mi esófago dieron sendos vuelcos. No supe como reaccionar.

Fue como si tuvieras misiles apuntando en una dirección y cuando fueras a lanzarlos te llegara una bomba atómica directa al centro. ¿Cómo podía saberlo...?

Me tomé un tiempo, no quería parecer nervioso. Volví a buscar su mirada, pero él seguía cabizbajo como si me hubiera preguntado la hora o el tiempo que haría mañana.

Decidí serenarme y no mostrarme asustado.

—Sientes miedo —continuó—. Sientes que tu vida no tiene sentido ahora que tu madre se ha ido. La echas de menos, estuvisteis mucho tiempo juntos en muchos países diferentes. Tú y ella, siempre tú y ella. Y eso debe de doler mucho... Es el peor momento de tu vida, ¿no?

Y justo en ese instante alzó la mirada. De repente lo comprendí; aquel extraño tenía mi don. Por primera vez comprendí lo que sentía la gente que yo radiografiaba sin temor.

Mi cara debió de expresar un miedo total, porque la voz de mi jefe resonó en la sala.

—¿Estás bien, Marcos? ¿Necesitas ayuda? —preguntó mi jefe en tono amenazador.

—Estoy bien. —Me serené nuevamente—. Volved a cerrar los sistemas de escucha, por favor.

Volvieron a apagar todos los trastos electrónicos. El extraño tardó unos segundos en volver a hablar.

—¿Era tan buena madre como presiento? —preguntó—. Ocho de tus doce recursos están relacionados con ella.

No contesté. Intenté penetrar en él, conseguí un equilibrio. Pero algo me lo impedía, y no eran las interferencias.

El sonrió.

—¿Has conocido a una chica hoy? Has sentido un gran placer, ¿no? Deberías ir a por ella antes de que salga del teatro. No te imaginas lo importante que será en tu vida. En serio, ve ahora hacia allí a ver al “viajante”. Aunque ese no es el momento máximo de placer de tu vida si no...

—¡Para! —grité.

Ni yo mismo sé porqué me salió aquel grito, por qué no quería que continuara. Pero había algo en aquel registro ilegal de mis sentimientos que me sublevaba y por ello no deseaba de ninguna manera que me contara cual había sido el gran placer de mi vida.

Yo quería que mi momento de felicidad extrema fuera una incógnita ya que siempre había dudado entre dos o tres instantes de mi vida como los mejores y más felices... Y tenía la intención de seguir dudando el resto de mi vida.

Era horrible que hicieran una lista de tus sentimientos y tus pasiones. Nunca había imaginado que lo fuera.

Vacilé. Al final hablé.

—¿Quién eres? —pregunté.

Me miró, cogió el vaso de agua que había en su lado de la mesa y bebió lentamente.

—¿No se supone que tú debías contestar a eso?

—Sí, pero...

—Estás bloqueado, ¿verdad? —Sonrió por segunda vez.

No me gustó esa segunda sonrisa. Decidí llevar el don al máximo. Me concentré como jamás había necesitado hacerlo. Pero no obtuve nada; era como si él me lo impidiera.

—¿Eres de fuera? —pregunté inocentemente.

El rió. Su risa era divertida y sana, algo inimaginable en un extraño de otro planeta.

—¿No te han contado nada tus superiores?

—No.

—¿Quieres que te lo cuente yo? —preguntó.

—Si no te importa...

El se acercó a mí tanto como pudo. Vi que llevaba unas esposas que le ataban las manos por debajo de la mesa. Se acercó un poco más y susurró:

—Sé que a tu madre le gustaba ese tipo de comunicación. —Siguió susurrando, pero su tono cambió y viró hacia el dolor—. Ayúdame tengo que salir de aquí inmediatamente.

Mi piel se erizó ante esas palabras. ¿Quién era aquel extraño que tanto sabía de mí y que tanto parecía necesitarme? Comencé a sudar.

—No puedo, lo siento —contesté sin pensar.

—¿No quieres o no debes? —replicó.

Tragué saliva, algo en él me daba miedo.

—¿No ibas a contarme quién eras? —insistí.

—Antes sácame de aquí. —Por primera vez sonó angustiado.

—No te harán nada —dije—. Cuéntame, ¿quien eres?

—Ya me han hecho de todo.

De repente se callo. Lentamente noté como me llegaba una imagen, como él permitía que me llegase. Había decidido mostrarse con imágenes en vez de con palabras.

No sabía qué recuerdo era ya que no llegaba de manera convencional. Podía ser un extremo o uno de los doce.

Y llegó...

Era una imagen feliz.

Un niño sonriente jugando al fútbol con su padre. El niño tenía un gran parecido con el extraño. Era él de pequeño. Se le veía tremendamente feliz hasta que de repente se ponía a llover y padre e hijo se iban riendo a refugiarse bajo un árbol.

Era una imagen como había visto cientos en gente a la que había examinado. La felicidad entre padre e hijo; algo que yo jamás había vivido, pero que siempre formaba parte de los doce sentimientos fundamentales que la gente guardaba.

Aunque, de repente sentí algo extraño en las imágenes que percibía. La lluvia que caía era diferente. Era roja.

Lluvia roja. Pero ni el padre ni el hijo se inmutaban. Miraban ese cielo nocturno y de repente observé que no había luna, si no un planeta pentagonal que presidía aquel cielo.

La lluvia no cesaba; el color rojo cada vez era más y más intenso. Si, era un recuerdo de felicidad, pero no era ese sentimiento lo que el extraño deseaba mostrarme si no el entorno donde se había producido. Y aquel sitio, os puedo jurar que no era La Tierra.

No sé donde estaba, pero era el lugar más extraño que había visto.

La imagen cesó, y el extraño me miro.

—¿Me ayudarás ahora? —susurró.

10

SIN CONOCERLO NO PODRÉ ENTRAR EN ÉL

Salí de la habitación. Necesitaba escapar de él, de lo que me había mostrado. Fuera, detrás de la puerta, me sentí mejor. Aunque aún seguía muy alterado.

A los pocos segundos llegó mi jefe, acompañado de Dani. Vi en su rostro la ansiedad por saber. Observarme sin poder escucharme había incrementado su inquietud.

No les dejé hablar y me adelanté.

—No sé nada de él —dije—. Mi don no funciona en su presencia, lo que necesito es que me contéis ahora mismo todo lo que sabéis sobre él. Sin conocerlo no podré entrar en él.

Nunca pensé que tendría que pronunciar aquellas frases. Yo que siempre había sabido como era la gente sin tener que cruzar dos frases con ellos.

De repente sus palabras volvieron a mi: “debes conocer a la chica del teatro” ¿Porqué era tan importante que hablase con ella? ¿Cómo podía conocer su existencia? ¿Lo había leído en mi? ¿Tanto me había penetrado su recuerdo que había podido olerlo y ya formaba parte de uno de los doce recuerdos básicos de mi vida?

—Acompáñame al despacho —dijo el jefe, visiblemente contrariado.

Mientras recorriamos el largo pasillo, el jefe habló con dos de sus superiores por el móvil. Les contó que no había conseguido mi objetivo.

Aproveché la llamada para acercarme a Dani; deseaba comentarle algo sin que el jefe me escuchase.

—Investiga a qué hora acaba la obra que están dando en el Español; es *Muerte de un viajante*.

—¿Qué cuanto dura la obra que dan en el Español —preguntó, sorprendido, intentando enlazar ese dato con lo que suponía que tenía que ver con el extraño.

—Sí, debo estar allí justo cuando salga el público. Cerciórate de que la información es correcta. Te dirán que aproximadamente dos horas, pero que sean concretos. Ve.

Dani no dudó y se marchó rápidamente. Yo fui detrás del jefe, que seguía aguantando el chaparrón. Le notaba de mal humor; supongo que no acababa de entender porqué su arma secreta le había fallado por primera vez.

Entramos en el despacho y cerró con llave después de que yo entrase.

Seguidamente, abrió la caja fuerte y sacó un montón de informes.

—Lo encontramos en esta sierra. —Me mostró una foto donde había un gran agujero producido por un calor extremo—. No había ni una nave ni ningún tipo de vehículo cerca, si es eso lo que te estás preguntando. Según han confirmado los satélites —me mostró más fotos—, toda la zona se quemó en menos de un minuto. Como puedes comprobar, en la foto del satélite de las 19:04 la vegetación es abundante en la sierra, pero un minuto después solo hay devastación y la única presencia en medio de esa zona quemada es la del chico.

Cogí todas las imágenes que me había mostrado y las miré de cerca. Era increíble. Esa rapidez únicamente podía estar relacionada con una energía generada por una tecnología desconocida.

—Y él, ¿qué argumentó cuando se lo enseñasteis? —indagué.

—Él no habla. No desmiente ni confirma nada. Tan solo dice que le soltemos porque debe hacer cosas.

—¿Y qué debe hacer?

—No lo sabemos. No quiere decírnoslo.

Sacó más informes y me los pasó.

—Estas son las pruebas médicas que se le han practicado —dijo el jefe—. Todos los resultados, como puedes comprobar, están dentro de los límites, son absolutamente normales. Los de las psicológicas son parecidos: justo en la media, ni tan siquiera son superiores a otro ser humano de su edad.

—Entonces, ¿porqué lo retenéis? ¿Solo tenéis el agujero de la sierra? —pregunté.

—Por la prueba ósea. —Me la pasó.

La observé por encima y luego fui a las conclusiones. Las leí para mí y luego en voz alta para cerciorarme de que lo que leía era cierto.

—“El extraño posee una constitución de huesos diferente a la nuestra, como si la atmósfera que le hubiera envuelto durante años fuese distinta de la de La Tierra. Tan solo se ha visto algo semejante en los astronautas que han pasado largo tiempo en las estaciones espaciales” —leí.

El jefe no dijo nada, como si él ya lo hubiera leído cientos de veces. Vi que había unas fotos al revés que no me enseñaba, fui a darles la vuelta.

—No las mires —dijo.

—¿por...?

—Son de otros interrogatorios diferentes del tuyo.

Dudé pero las cogí.

Las giré. Lo que mostraban aquellas instantáneas era horrible. Las perrerías que le habían practicado a aquel chico adolescente eran absolutamente abominables. Había vejaciones de todo tipo.

Esto es... —Ni tan siquiera me salían los adjetivos—. ¿Y no habló después de todo esto?

—Nada.

Volví a dejarlas sobre la mesa; era difícil mantener la mirada en ellas. Quedaron boca arriba, así que el jefe las dio la vuelta.

—¿Qué haréis ahora? —pregunté.

—Es complicado —contestó el jefe mientras volvía a guardar todos los documentos en la caja fuerte sin importarle en absoluto el orden en el que los colocaba.

—Pero la prensa querrá verlo.

—Lo sé.

Se sentó en la silla y se sirvió un whisky. Intuí que había algo que no me había contado.

—¿Qué pasa? —indagué.

—Quieren trocearlo. Hacerle una autopsia.

—¿En serio? Pero si no están seguros de que...

—Por ello quieren hacerlo. Muchos creen que el extraño lo es; se acogen a la prueba de huesos, lo que para ellos es una evidencia. Otros pensamos que quizá sea una malformación ósea.

—¿Y por eso me llamasteis? —pregunté—. Si yo hubiera visto que no es de aquí, ¿entonces...?

—Entonces lo trocearían sin compasión.

Me indigné.

—Me has llamado para...

El jefe me interrumpió, enfadado.

—Yo no te he llamado. Mis superiores me han pedido que lo haga. Saben de tus logros y necesitan una prueba más para...

Le interrumpí.

—Matarlo —dije.

Afirmó con el rostro. Sé que no le gustaba lo que me comentaba, él siempre había sido un hombre recto.

Dicen que vivo no nos dirá nada más, pero que muerto puede contarnos muchas cosas —añadió—. Tan solo les da miedo la prensa, por eso el extraño aún no está muerto ni troceado.

De repente me llegó una imagen, un flash de algún recuerdo de una persona. Aún llevaba conectado el don. Fue entonces cuando vi que era otro recuerdo de mi jefe.

Lo vi en una cabina y contándole a alguien lo del extraño. Era un acto valiente, lleno de felicidad, seguramente sustituía a alguno de los doce que ya había visto de él. El orden se iba modificando según la gente hacía cosas valientes o dramáticas. Este era un acto importante en su vida.

—¿Qué te pasa? —preguntó extrañado.

—Fuiste tú quien llamó a la prensa —afirmé.

El me miró, avergonzado. Volvió a afirmar con el rostro.

—Pero no servirá de nada —añadió—. Lo harían igualmente, lo matarían. Lo tienen decidido. Luego se inventarán una historia sobre el chico y negarán y desmentirán cualquier noticia sobre él.

Volvió a beber otro trago.

—¿Crees que lo es? —pregunté.

—¿Qué es qué? —replicó.

—Un extraño.

—Es un crío —respondió—. No sé si es un crío nacido aquí o fuera, pero nadie merece un trato como el que le han dispensado, provenga de donde provenga.

Llamaron a la puerta. El jefe se levantó, escondió el whisky y abrió la puerta.

Era Dani. Se sentó a mi lado. Me pasó un papel donde ponía: “La obra acaba en 40 minutos, 5 minutos más o menos dependiendo de la duración de los aplausos”.

Era muy concienzudo con el trabajo. Doblé nuevamente el papel y miré al jefe.

—¿Cuándo lo harán?

Dani me miró extrañado; primero a mí y luego al jefe. Era como si estuviera siguiendo una larga jugada de tenis sin ni tan siquiera saber que significaba el valor del punto que estaba observando.

—Dentro de nada —contestó el jefe.

—¿Y si les digo que lo que he visto es normal, que no es un extraño? —pregunté.

—Creo que les da igual. Tan solo querían escuchar la otra respuesta. No te agobies.

El jefe volvió a sentarse en su silla. Abrió el cajón, sacó nuevamente el whisky y bebió.

Sentí rabia; volvió a mí esa imagen del niño con su padre refugiándose de una lluvia roja. Sé que el extraño podía haber versionado o fabricado ese recuerdo pero, fuera quien fuese deseaba conocerlo mejor.

—Saquémoslo de aquí —sentenció.

El jefe no negó con la cabeza ni intentó rebatir mi idea.

Sonrió, como si estuviera esperando que dijera eso.

11

ACEPTAR EL AMOR NO DESEADO ANTES QUE PERDERLO Y DESEAR OBTENERLO

Sabía que no sería fácil lo que acababa de proponer, ya que aquel era un complejo muy seguro, pero había algo en aquel extraño... No sé si en la mirada de aquel chaval refugiándose bajo la lluvia roja o aquellos planetas pentagonales o en la forma en que me dijo que era importante que conociese a la chica del Español.

El jefe comenzó a sacar mapas de la caja fuerte y a explicar diversas posibilidades. Dani escuchaba atentamente mientras yo pensaba en la chica del teatro.

Yo ya sabía que mi opinión en un plan de fuga no era importante: siempre he conocido mis limitaciones. Creo que ese es mi gran logro: saber a donde no puedo llegar sea por falta de inteligencia o sea por falta de interés.

¿Porqué decía el extraño que la chica del Español era tan importante en mi vida? Estaba pensando en ello mientras se decidían estrategias. ¿Por qué había sentido algo tan intenso por ella? Ojalá el miedo no hubiera podido conmigo y me hubiese atrevido a preguntarle más cosas al extraño.

Y es que aquel extraño tenía algo de fascinante. Me recordaba, curiosamente, a la fascinación que despertaba mi madre en los espectadores de sus coreografías o sencillamente en los que se encuentran en su presencia.

Dani se había mantenido totalmente en silencio hasta que comprendió el plan en su globalidad y nuestras intenciones.

—Pero, ¿adónde lo llevaremos? —apuntó—. Es decir, si logramos sacarlo de aquí, ¿A dónde lo trasladaremos? No pararán hasta encontrarlo.

—No vamos a esconderlo —sentenció el jefe—. Tan solo lo liberaremos.

—Pero y si es... —A Dani le costaba decir las palabras—. Y si es un extraño, ¿no deberíamos vigilarlo?

Dudé si contestarles lo que había visto. Hablarles de la lluvia roja, del planeta pentagonal. Disipar sus dudas sobre su procedencia. Pero temí que aquello les hiciera cambiar de opinión.

—Ayúdanos, Dani —dije—. Confía en mí.

Dani nunca me había fallado; en cuanto le conocí supe que me ayudaría.

Dani estaba enamorado de mí; lo sabía desde que nos vimos la primera vez. Mi madre me enseñó desde pequeño a aceptar que los sentimientos que sentían por nosotros otras personas, aunque no los correspondiéramos, eran importantes.

—Debes comprender que ese amor no deseado, es deseo no correspondido, es un gran regalo que te hacen —me dijo en un largo viaje en tren entre Barcelona y París—. No lo desprecies simplemente porque no te sea útil.

Yo era muy joven y no la comprendí. Nunca la comprendía. Ella, en cambio, había vivido esos amores de los que hablaba. Mucha gente había estado enamorada de ella. Su danza, su forma de bailar, sus coreografías despertaban todo tipo de pasiones, en las que se mezclaban el amor y el sexo.

Desde pequeño, yo veía como trataba con afecto a esos enamorados, aunque no sintiese nada por ellos. Pero parecía que el simple hecho de que ese sentimiento por ella fuese real, la alimentaba y hacía que se sintiera más completa.

Había hombre y mujeres enamorados de ella. Y eso jamás la importó.

—No pienses en tendencias sexuales —puntualizó un día—. Las tendencias solo reflejan miedo a la diferencia y a lo que no comprendes. Tan solo debes aceptar que están proyectando en ti un sentimiento.

Yo creo que ella jamás se acostó con una mujer, aunque no puedo estar seguro, ya que ella comprendía y la llenaban profundamente esos sentimientos que volcaban sobre ella; la importaba poco de quién procedieran.

También me enseñó a notar, a distinguir y a comprender qué gente se enamoraba o te deseaba en secreto. El amor está soldado al sexo o el sexo al amor, me decía. Había que buscar el punto de soldadura.

—Marcos, debes encontrar pistas de ambos sentimientos en la gente que te rodea. Adelantarse a ese deseo, a esa pasión, antes de que ellos te confiesen esos sentimientos. Los deseos ocultos son el motor de la vida —decía mi madre.

El don no me sirvió nunca para encontrar esos deseos. Siempre me mostraba situaciones reales, sentimientos que habían sido plasmados, no platónicos.

Así que mi madre me enseñó a distinguir estos sentimientos. El día que vi a Dani noté que el amor y el deseo sexual que sentía por mí eran muy intensos.

Nunca he sabido como surgen esos sentimientos intensos y tan difíciles de dominar.

—Cuando el amor y el sexo se enquistan en la irrealidad —decía mi madre—, el goce que la persona siente puede convertirse en dolor. Poseer ese amor que no significa nada para ti es diferente que perderlo. Porque aunque pierdes algo que no comprendías, nunca más volverás a tenerlo, y eso es terrible.

Estoy seguro de que mi madre no perdió jamás a ninguna de las personas que la amaban platónicamente. Porque, a su manera, ella también las amaba. Creo que eso era lo que la hacía tan potente.

—Está bien, te ayudaré —dijo Dani en respuesta a mi solicitud.

El jefe respiró aliviado; creo que sin la ayuda de Dani todo se hacía más cuesta arriba. Yo sabía que no me ayudaba tan solo por sus sentimientos hacia mí, si no sobre todo porque confiaba en mí, en mi instinto.

—Yo tengo que ir al Teatro Español. Llamadme y decidme donde quedamos cuando le saquéis —dije.

Tanto el jefe como Dani estaban confundidos.

—¿Vas a ver teatro ahora? —preguntó el jefe sorprendido.

—Debo recoger a alguien —expliqué.

—Pero... —El jefe estaba realmente alucinado.

—Debo hacerlo, es importante. Además, yo no entiendo nada de fugas ni de cómo sacarle de aquí. Vosotros sois mejores en eso y sé que lo lograréis.

Eso es algo que también me enseñó mi madre: confiar en la gente que no tiene tus carencias. Esa es la base del verdadero talento. Aunque ella, como era tan buena en todo con la danza, jamás debió de ponerlo en práctica.

Me levanté. Ellos no estaban convencidos, pero yo sabía que el jefe lograría sacarlo de allí, aún sabiendo que aquello sería el fin de su carrera profesional. Dani, en cambio, se jugaba poco y además no

estaba del todo convencido. Sabía que su conciencia podía jugarle una mala pasada. Las conciencias son demasiado peligrosas.

—Pásate a ver al jefe de seguridad de la tercera planta —me ordenó el jefe.

—¿Por? —pregunté.

Necesito tener algo contra él, para convencerle si las cosas se tuercen. Estúdialo con tu don y llámame si encuentras algo.

Aquello no me gustaba; el jefe jamás me había pedido algo tan poco ético. Utilizar el don para chantajear era algo que no iba ni con él ni con mi conciencia.

Sabía que no debía hacerlo, pero tampoco él debía haber llamado a la prensa ni Dani haber aceptado ayudarnos. Todos estábamos saltándonos normas morales, porque sabíamos que las situaciones desesperadas requieren actos desesperados.

—Lo haré —dije mientras abandonaba la sala.

12

ES UN EXTRAÑO PORQUE AGUANTA DOLORES INIMAGINABLES

Nunca había estado en la tercera planta, ya que mi pase no me permitía acceder a esa zona. Además, tampoco me apetecía saber que ocurría allí.

De alguna manera, deseaba que el jefe de seguridad de aquella planta no tuviese ningún hecho turbio en su vida o, si lo encontraba, que al menos el jefe hallase la manera de liberar al chico sin utilizar la información que yo obtuviese.

El respeto que tenía por mi don era máximo.

El ascensor llegó a la tercera planta. El jefe de seguridad estaba fumando al final del pasillo. Casi no le conocía; era un chico joven, rondaba los treinta y sus padres eran brasileños, aunque no sé por qué él se consideraba francés. Creo que le había oído comentar alguna vez que sus abuelos paternos lo eran.

Me acerqué mirando la hora mientras caminaba hacia él. No podía perder mucho el tiempo si quería llegar a Santa Ana antes de que el viajante muriese en aquel accidente de coche.

El jefe de seguridad me miró. Aún me faltaban treinta pasos antes de llegar hasta él. No dijo nada, no comenzó una conversación desde la lejanía ni me saludó. Tan solo esperó como si no me viese. Eso indicaba el tipo de persona que era. Bajó la mirada tres veces, observó por la ventana y fumó.

Llegué hasta él.

—Hola, no sé si me recuerdas, soy...

—Sé quién eres. El del don —añadió, sonriendo cínicamente.

No me gustó en absoluto esa sonrisa. Se la devolví con una escueta respuesta.

—Exacto. Ese soy.

—Pues no te ha servido de mucho, hoy, con el extraño —dijo—. Es más, diría que te has acojonado.

Su mirada era desafiante. Yo no le gustaba en absoluto. No confiaba en mí. Eso era evidente.

—Tu madre es esa famosa bailarina, ¿no? —añadió mientras la sonrisa volvía a aparecer en su rostro.

Supe que me había investigado y que aquella pregunta tan solo era para que supiese que tenía poder. Su carácter y su chulería me hacían más fácil conseguir lo que había ido a buscar, aunque no lo convertía en más ético.

—Si, esa era mi madre, —respondí—. Murió ayer.

Tragó saliva: su investigación sobre mí no estaba al día. Creo que dijo “lo siento”, aunque si lo pronunció fue casi imperceptiblemente. No creo que nunca hubiese pronunciado esas dos palabras en voz alta.

Mi madre siempre me enseñó que no se puede confiar en los que dicen “lo siento” o “perdón”. Creía que esas expresiones debían utilizarse en numerosas ocasiones en la vida y decirlas sin ningún tipo de miedo ni rubor.

Sonó el teléfono del jefe de seguridad. Miró la procedencia de la llamada.

—Estos putos periodistas van a joderlo todo —dijo.

—¿Joder qué...? —pregunté.

Me miro enfurecido.

—No te fíes porque ese extraño sea un adolescente y parezca amigable —dijo—. Yo lo he interrogado y, aunque no tengo ningún don, te digo que ese tipo no es quien dice ser.

—¿Y como lo sabes? —indagué.

—Por el dolor. Nadie es capaz de aguantar tanto dolor. Sacó otro cigarrillo y lo encendió con el anterior, que casi ya no existía. De repente, recordé haber visto marcas de cigarrillos en las fotos giradas de los interrogatorios del extraño. Supe que todas aquellas vejaciones que había observado eran obra del hombre que tenía delante, de su arte para obtener información.

Aún no había puesto el don en marcha, pero lo que veía me asqueaba.

—Y que importa si viene de otro planeta —dije, enfurecido y harto—. ¿No tiene derecho a no explicar su procedencia?

Me miró extraño. Creo que no le gustaron mis palabras. Vi que deseaba interrogarme, ansiaba conocer que sabía yo realmente y de que había hablado con el extraño cuando las cámaras y los micrófonos se habían apagado. Pero tan solo pegó un par de caladas a su cigarrillo y me dijo:

—No, no puede.

Jamás pensé que la vida real pudiese parecerse tanto a una película. Llega un extraño y tan solo deseamos que confiese que lo es y cuales son sus intenciones.

Aunque no era tan extraño; si tratamos con crueldad a un ilegal que ha entrado en nuestro país, que no haremos con un ilegal de otro planeta.

—¿Querías algo? —preguntó con ganas de finalizar la discusión.

—No. Buscaba al jefe, pero veo que no está aquí, mentí.

—No, no lo está. Valla mierda de don que tienes.

Antes de marcharme activé el don. Le miré por primera vez a los ojos y noté como me transfería involuntariamente todos sus sentimientos vitales.

Lo malo era horrible. Su vida estaba llena de maldad. Su recuerdo más terrible era el asesinato a sangre fría de un preso en una celda que estaba situada en un sótano húmedo. Pero no se distinguía ni el rostro de la víctima ni supe cuando ni donde se había producido. Había degradación, mucho dolor y gritos. Pero no estaba seguro de que aquello fuera un delito que el jefe pudiera utilizar contra él. A lo mejor hasta era legal.

En el otro extremo, noté que su gran pasión era el tiro. Pero era diferente de la felicidad que desprendía mi jefe con su arco. Al tipo de seguridad le encantaba disparar a los animales, sobre todo cuando estaban de espaldas. Le producía una gran felicidad. Curioso concepto de ser feliz.

En la escala positiva vi dos relaciones con dos mujeres que hace muchos años le hicieron vibrar. Las amó con locura hasta que ambas lo abandonaron en dos momentos diferentes de su vida.

De repente, en quinto lugar, hallé el recuerdo que necesitaba el jefe. Algo que no le gustaría que la gente conociera de él. Y ese recuerdo, como siempre, no estaba ni en lo peor ni en lo mejor. Los extremos no sirven, lo fundamental es siempre algo del montón, situado en el quinto o sexto lugar.

Me fui. Para él tan solo habían pasado unos segundos antes de girarme y dejarle con sus cigarrillos. Aunque en realidad, en aquellos segundos toda su vida había pasado delante de mí.

Entré en el ascensor. Bajé al garaje y miré la hora. Era muy tarde para que un taxi viniese a buscarme, así que le pedí a mi amigo peruano que me llevase al Teatro Español. Aceptó de buen grado.

Los Cranberries sonaron en cuanto subí al coche. Sus dientes brillaron y yo notaba que habían pasado muchas cosas en ese edificio y que la persona que volvía era distinta de la que había llegado.

Es increíble como la vida da tantos vuelcos cuando ni tan siquiera lo esperas. Mi madre decía que con tan solo ver un espectáculo, la vida de uno cambiaba de manera radical.

—¿Es un extraterrestre? —preguntó el peruano en cuanto abandonamos el complejo.

—Si —contesté.

Era la primera vez que admitía ese hecho, y la verdad era que estaba convencido. Además, me di cuenta de que en aquellos momentos, por primera vez, estaba siguiendo el consejo de alguien de otro planeta. No sabía si tendría razón con la chica, pero sabía que debía comprobarlo.

Mi madre me decía siempre que en el amor y en el sexo cualquier consejo puede ser válido, aunque ella lo decía con otras palabras.

—El amor y el sexo son tan extraños que, seguramente, los extraños tienen la clave de lo que se debe hacer.

13

SOÑAR SIN LIENZOS, PINTAS SIN COLORES

Durante el regreso a Santa Ana estaba más inquieto que a la ida. No paraba de mirar el reloj, sabía que no podía llegar tarde.

Expliqué por encima al peruano qué debía hacer en Santa Ana, a qué hora debía llegar y lo animé a pisar el acelerador. Pero él no quiso; argumentó que respetar los límites de seguridad son básicos para evitar accidentes graves. Siempre había ido con él dentro del complejo y a treinta por hora.

Me sorprendió su civismo, pero lo respeté.

Le pedí que pusiera la radio; quería saber como había evolucionado la noticia.

Bajé la ventanilla. Era una noche muy calurosa y recordé aquel películón de *Fuego en el cuerpo* de Lawrence Kasdan. Transcurre durante un verano tan asfixiante que hasta hay un policía que dice: “Hacía tanto calor que la gente pensaba que las leyes no existían, que estaban derretidas y se podían incumplir”.

Quitó los Cranberries y las noticias lo inundaron todo. Enseguida vi que el panorama había cambiado radicalmente. Desmentidos oficiales, exageración, falsedades. Todo se estaba desinflando. La cara del peruano era un poema. Ellos estaban haciendo bien su trabajo.

La noticia estaba muriéndose, se estaba quedando sin oxígeno. Mi madre vivió en su vida muchos bulos sobre amantes, su carácter profesional tiránico (aunque eso no fuera falso) y sobre su muerte.

Creo que la mataron cuatro veces en su vida. Ella siempre me decía que aquello la rejuvenecía, que la sería para hacer balance de su vida.

Solía comentar que era como una autopsia en vida. Ella creía mucho en ese tipo de autopsia.

Con dieciséis años me habló de las autopsias sexuales.

Me contó que estaría bien que cada cinco años nos practicaran una de esas autopsias.

Que nos quedáramos muy quietos y alguien nos dijera qué parte de nuestro cuerpo no había sido acariciada; cuantos besos habíamos recibido; si había sido más querida una mejilla o una oreja o los labios.

Una autopsia en toda regla de nuestro sexo, pero con nosotros vivos, aunque inmóviles.

Ella se lo imaginaba y la gustaba pensar que alguien, tan solo mirando nuestros dedos supiese si habían tocado con pasión o simplemente por rutina. Si nuestros ojos habían sido mirados con deseo o nuestra lengua había conocido muchos congéneres.

Además, podríamos saber cuales fueron nuestros mejores actos sexuales, al igual que en un tronco cortado vemos cuando soportó grandes lluvias o sequías. Quizá a los diecisiete, a los treinta o a los cuarenta y siete. Quizá siempre en primavera o casi siempre cerca del mar.

¿Cuántos mordiscos, cuantos susurros, cuantos chupetones hemos sentido? Un cómputo e números sobre nuestro sexo, nuestra lujuria, nuestro placer solidario.

Y según ella, lo mejor era que cuando acabase esa autopsia, sabríamos que estábamos vivos, que podríamos mejorar y lograr que nos acariciasen, que deseáramos, que amáramos y nos amasen.

Nunca me he hecho una autopsia de este tipo. Me ha dado miedo el resultado.

Hay que tener mucha valentía para escuchar eso de los labios de otra persona., aunque no sé si ni siquiera existe alguien con esas capacidades.

Pero así es mi madre. Volví a pensar en el cuadro sobre el sexo; aún se lo debía, a ella y a la trilogía incompleta.

Cuando pintaba asiduamente siempre me iba a una tiendecita en Valverde con Gran Vía. La regentaba un viejo canadiense que rondaba los noventa años y que me hacía precios especiales.

Hacía ya dos años que no pintaba. Pensé en pasarme. Iba justo de tiempo, pero quizá luego no podría. Si mi jefe y Dani lograban sacar al extraño todo se complicaría.

—¿Puedes pasarte antes por Valverde con Gran Vía? —pregunté al peruano—. Será un instante.

El peruano aceptó de buen grado; casi ni noté el cambio de destino en su conducción.

Pensé en la chica del Español qué la diría, como enfocar ese extraño encuentro sin que ella pensara que estaba loco o que deseaba sexo.

El teléfono me devolvió a la realidad. Era el jefe.

—¿Qué tienes sobre él? —preguntó sin tapujos.

Esperaba que no hiciese falta, no me gustaba ni pronunciarlo. Pedí al conductor que subiese la ventanilla opaca separadora aunque sabía que él podía escuchar igualmente lo que decía.

—¿Necesitas realmente saberlo? —pregunté ya en la intimidad.

—Ha fallado el plan original y van a trasladarlo a otro complejo. Necesito algo para que nos ayude el vigilante de seguridad principal. ¿Tienes algo?

Lo tenía, pero no me gustaba; tardé varios segundos en responder.

—Marcos, vamos a perderlo —insistió el jefe—. Si no me dices lo que tienes se lo cargarán. La prensa no parará hasta encontrarlo, así que lo destruirán antes de que eso pase.

No quería hacerlo pero no había otra solución.

—Tiene fotos de niñas pequeñas desnudas, de entre dos y cinco años —dije—. Las mira bastante a menudo y las esconde en una carpeta que llama “anexos2” que está dentro de otra carpeta que está en el escritorio que se llama “anexos”.

No me sentía nada bien. El jefe tampoco dijo nada, tan solo lo absorbió en silencio.

Colgó justo cuando el coche se detuvo en Valverde con Gran Vía.

Descendí y vi que el cartel de la tienda tal como la recordaba ya no existía. En lugar de la entrañable tiendecita de marcos había ahora una de sueños. Había oído decir que era un negocio en alza.

La gente que habías dejado de dormir los echaba de menos. Un amigo de la plaza con el que jugaba cada jueves a póquer me contó que los había probado varias veces. Decía que podías pedir la temática que desearas, entonces, te contaban un sueño mediante una técnica de hipnótica, con lo que obtenías algo parecido a soñar.

Qué curioso que la gente acabase añorando soñar. Siempre acabamos apreciando lo que perdemos.

Entré, quizá porque deseaba ver como habías transformado aquel local por dentro.

Solo cruzar la puerta oí el leve sonido de una campanilla. Era la misma que antes, me alegré de que eso se mantuviese. Un sonido conocido me daba la bienvenida.

A los pocos segundos apareció el viejo canadiense. Me sorprendió que me reconociera.

—¿Valla, cuanto tiempo? —dijo—. ¿Perdiste la inspiración o te perdimos a ti?

Seguidamente me dio un abrazo. Me encantó que no me diese la mano y se saltara el código con un desconocido, aunque en otro tiempo llegó a ser muy cercano.

—Ya no vendemos lienzos —dijo tras el abrazo—. Ahora...

—Sueños sin lienzos —repliqué.

El río estruendosamente, su risa continuaba intacta. Hay cosas que el paso de los años no nos arrebatara.

—¿Quieres volver a pintar? —preguntó.

—Sí —reconocí sorprendiéndome de mi respuesta—. Me ha venido una vieja idea a la mente y necesito material.

—Es importante tener los elementos cuando llegan las ideas. ¿Duermes?

Sonreí. Le mostré las inyecciones. Tardé en encontrarlas.

—Estoy apunto de dejarlo —puntualicé.

Me ofreció asiento.

No miré la hora, ya que sabía que no tenía tiempo, pero jamás hubiera podido rechazar su amabilidad. Me sirvió un poco de vino en un vaso que había sobre la mesa, como si me esperara. Noté que la silla era reclinatoria y me imaginé que allí se sentaban los clientes para un breve descanso.

Recuerdo que mucha gente pensó que todos los que dejaban de dormir venderían su cama. No pasó; la cama aún tenía muchas funciones en la vida de esa gente: amar, tener sexo, descansar con los ojos abiertos, tumbarse, vivir... Se compraron más camas que nunca.

—No lo dejes —dijo—. He visto el mal que puede hacer en la gente. Añoran tanto soñar... Añoran tanto que algo rompa su día... No sabes lo frustrante que es después de un día horrible, lleno de lo peor que puedas imaginar, saber que ese día jamás acabará, ni el siguiente, ni el otro. No hay diferencia entre noche y día. El carácter se agria, acabas siendo otro y deseando desconectar, aunque solo sea por unas horas. Los que vienen aquí no buscan sueños, buscan tan solo desaparecer unos instantes de esos días y meses eternos. No lo hagas...

Sonó el claxon del coche. El peruano sabía que tenía que llegar a tiempo a Santa Ana, pero yo estaba perplejo por lo que había oído.

—Y el sueño... —Pensé cuidadosamente como construir la pregunta—. ¿Y consigues que sueñen? ¿Logras que desconecten?

Cogió mis manos con su mano izquierda. Noté la textura de su palma; hacía años que le conocía pero nunca le había tocado de forma tan personal. Con la mano derecha cerró mis ojos.

—Hoy has soñado... Con ciervos y águilas... ¿Me equivoco?

Mi corazón dio un vuelco y el esófago se giró. Fue tan certero que no podía creerlo.

—¿Cómo...? —pregunté sorprendido.

El no contestó al igual que yo no respondería si alguien me hiciera la misma pregunta sobre mi don. Se levantó, fue a una estantería y bajó unos lienzos envueltos. Me los dio.

—Pensaba que ya no tenías —dije.

—Siempre queda algo del anterior negocio en el nuevo. —Sonrió—. Aparte del dueño.

—¿Y mis cuadros, los tienes todavía? —pregunté.

El negó con la cabeza. Me dolió saberlo. El se quedó mis dos primeros cuadros de la trilogía: el de la infancia y el de la muerte. Cuando se los mostré se enamoró de ellos, así que se los regalé, porque

pensé que jamás se desprendería de ellos y me gustaba mucho como los miraba. Necesitas padres adoptivos perfectos que amen a tus cuadros, para poder desprenderte de ellos.

—Se los di a tu madre —dijo—. Los deseaba tanto que no pude negarme.

No podía creerlo. Jamás me lo dijo; sabía que la gustaba mi pintura pero pensé que no deseaba poseerla. Me aconsejaba, me daba cariño cuando la gustaba lo que conseguía y los miraba con interés, pero creía que no quería verlos día tras día. Además, jamás tuvo una residencia fija donde colocarlos.

Saqué la billetera pero él puso su mano sobre ella y me impidió que la abriese; nuevamente sentí su piel.

—Es un regalo, Marcos —susurró—. Hazme caso, no dejes de dormir.

Esta vez le di yo el abrazo. Él lo aceptó agradecido. Me fui.

Cuando estaba en el coche me sentí más completo. Sabía que necesitaba tener esos lienzos conmigo, no sabía si podría o no pintar el último cuadro, pero como decía el viejo canadiense las ideas necesitaban material.

14

LA VIDA ES UN IR Y VENIR DE GIRAR POMOS

Llegamos al Teatro Español dos minutos antes de la hora.

Todas las puertas del teatro estaban abiertas de par en par, deseosas de acoger a su público. Pensé que si tocaba la madera la notarí impaciente.

Bajé del coche y el peruano aparcó en una esquina al lado de una terraza. Me coloqué al lado de la puerta central.

Un poco más alejado de mí había un chico con gafas de sol que rondaría la treintena; no sé porque me dio la sensación de que me espiaba. Supongo que son los efectos de conocer el mismo día a un extraño y a un jefe de seguridad pederasta.

El chico con gafas de sol también observaba la puerta. Diría que él estaba más impaciente que yo.

Se escuchaba el leve susurro de las palabras depositadas por los actores sobre la platea. Mi madre siempre me comentaba que el sonido final de un espectáculo se construye desde el primer segundo.

Es como la construcción de una pirámide. Nunca llegarás a colocar la última piedra de manera magistral si la base no es estable.

Ella siempre me hablaba de los grosores del silencio, que eran evidentes en los teatros.

Me los mostró muchas veces en directo desde la última butaca de numerosos teatros.

Había silencio de dos centímetros que equivalían a atención sin pasión.

Otros más gruesos; silencios que rondaban los cuarenta centímetros, que son los que perforan al intérprete y hacen que sienta la magia del teatro en toda su plenitud.

Y finalmente los de noventa y nueve centímetros. Esos son tan esplendorosos como una triple risa al unísono de todos los espectadores. Resuena, se escucha, se vive y se siente. Es la pérdida de conciencia total del espectador, justo cuando olvida cualquier problema personal y su cerebro deja de emitir el sonido de la preocupación; eso es lo que hace que el silencio sea supremo. Dejar de pensar lo silencia todo.

Aquella noche, yo sentí un silencio de treinta y cuatro centímetros. Costumbres de mi madre que yo todavía practicaba.

La espera se me estaba haciendo larga, así que decidí adentrarme en el teatro, para saber si dentro el grosor del silencio era mayor. Y también para verla...

No había nadie vigilando. Hay lugares que están preparados para impedirte que accedas al inicio y justo quince minutos antes de que finalice; su pasión es la contraria y se esmeran en proporcionarte todas las facilidades para que te marches rápidamente pero ninguna para evitar que entres.

Crucé la puerta central y me adentré en el vestíbulo del teatro. No había ni un alma. Me dirigí hacia la puerta que comunicaba el vestíbulo con la platea.

Curiosamente ese pomo era idéntico al de la sala donde estaba retenido el extraño. Aunque yo sabía que al girarlo me encontraría algo radicalmente diferente, sentía el mismo nerviosismo.

Nunca se sabe que encontrará uno tras una puerta. Quizá en eso consiste la vida: en girar pomos.

Lo giré. El silencio, que ahí tenía un grosor de cuarenta y dos centímetros, me penetró al instante. El mejor amigo del viajante estaba recitando su monólogo final en el entierro.

“Nadie puede culparle. Vosotros no lo entendéis. Willy era un viajante, y para un viajante la vida no tiene fondo. Es un hombre que no pone tuercas en los tornillos, que no te informa sobre las leyes ni te receta medicinas. Es un hombre que va solo por la vida, sin más recursos que una sonrisa y unos zapatos bien limpios.

Seguía siendo tan buena como la recordaba. Conocía bien esa obra, mi madre había realizado una versión en danza. En la creación visual de mi madre, Charley recitaba el monólogo mientras hacía unos pequeños pasos encima del ataúd. Leves movimientos al ritmo de su danza contenida.

La obra continuaba desgranando monólogos y yo busqué con la mirada a la chica.

Recorrí todas las nucas del teatro concienzudamente. No sé porqué, pero imaginaba que reconocería la suya; era tan solo una sensación.

No la encontré, pensé que quizá ella se había marchado abrumada porque su cita la había dejado colgada.

Una cosa es el impulso de entrar en el teatro y otra muy diferente decidir quedarte. O quizá la obra no la había llenado; hay gente que no conecta con *Muerte de un viajante*, la consideran antigua. No les comprendo, habla del gran tema: los padres y los hijos.

Pero enseguida se disiparon mis dudas, estaba seguro de que no era una de esas chicas que abandona el teatro.

Mi madre decía que abandonar un teatro es uno de los pecados capitales que no debería tener perdón. La tristeza que produce en el autor o en el bailarín es dramática. Suelen tardar cinco minutos en recuperar la concentración. Y el público necesita el doble de tiempo.

De repente, el sonido de mi móvil, que eran unos leves ladridos (no tengo perro pero siempre he deseado tener uno, así que mi teléfono ladra con cariño las llamas entrantes como un agradable chucho), se mezcló con el monólogo de la mujer del viajante.

Todo el público se giro simultáneamente. Había cometido el segundo pecado capital que odiaba mi madre, solo perdonable por enfermedad de un pariente o nacimiento del primer hijo. El segundo ya no cuenta como atenuante.

Las nucas del público se convirtieron en rostros en penumbra. Casi no se veían los ojos.

Y fue cuando la vi, en la sexta fila, en el extremo izquierdo. Ella no me reconoció. Lo sé, no me conocía. Pero deseaba que me hubiera reconocido.

Cuando logré apagar la llamada del jefe todos los ojos sin brillo habían vuelto a centrarse en el escenario. Excepto los suyos; los suyos tardaron dos segundos más en regresar al monólogo de la viuda.

Cuando me miró noté que aún llevaba conectado el don. Lo desenchufé pero una imagen se coló.

Ella y un perro. Ella y muchos perros. Sentía amor por ellos, eran sus animales preferidos. Se fiaba de ellos más que de cualquier persona. La vi con seis años acariciando a su perro. Creo que se llamaba Walter. Ella era feliz. Plenamente feliz en ese recuerdo. No sé donde estaba colocada esa emoción en la escala, pero me encantó.

Aunque no me gustó robarle ese sentimiento.

Fui lentamente hacia su fila, vi que la butaca contigua a la suya estaba vacía. La idea de la plantada cogió fuerza.

Me senté a su lado, ella estaba tan centrada en la obra que creo que no se percató de mi presencia.

Yo la observaba con el rabillo del ojo. Me di cuenta que no tan solo me entusiasmaba su rostro mientras esperaba en una plaza, si no también el que ponía cuando escuchaba con atención.

Me estaba enamorando de cada una de sus facciones, de cada una de sus miradas en pausa.

Me centré en la obra, recordaba esos últimos tres minutos a la perfección. Había visto más de cincuenta veces la versión que hizo mi madre de *Muerte de un viajante*, aunque casi siempre me deleitaba con el final. Siempre entraba al teatro cuando estaba a punto de acabar. Es genial esa concluyente frase final: “Somos libres... somos libres...”

Noté como mientras llegábamos al final la respiración de la chica se iba acompasando con la mía.

La emoción al respirar, el sonido de sus inspiraciones y expiraciones, el aire que decidía coger y soltar era idéntico al mío.

Éramos dos personas que vibrábamos de tal manera con la obra que hasta estábamos respirando juntos. Nos estábamos acompasando sin mirarnos, tan solo con las palabras de un final épico.

Sentí como si comenzara una relación. Como si por ser las dos únicas personas del teatro que respirábamos a la vez estuviéramos dándonos el primer beso, la primera caricia, el primer momento sensual y como si llegásemos a practicar sexo. Y no lo digo por decir, ya que, según iba sintiendo, mi respiración aumentaba y la suya se superponía a la mía.

Antes de poder consumir nada la obra finalizó y los aplausos lo inundaron todo.

Hubo hasta cinco minutos de aplausos ininterrumpidos. Nuevamente nuestras palmadas iban al unísono. Mi corazón y mi esófago también iban acompasados con los suyos. Aunque quizá todo era mental y todo me lo estaba imaginando.

El último aplauso acabó súbitamente. El público se levantó al momento. Ella permaneció sentada; yo también.

Todos los que ocupaban nuestra fila fueron saliendo por el lado más alejado al que les correspondía, ya que veían nuestra poca predisposición a movernos.

Cada vez quedaba menos gente en la sala, ella continuaba como extasiada por lo que había visto en el escenario y yo fingía sentir lo mismo.

Sabía que en pocos segundos se levantaría o nos echarían los acomodadores. Deseaba encontrar la frase inicial para iniciar la conversación pero no se me ocurría nada.

No deseaba recurrir a nada relacionado con los perros, no me parecía ético.

De repente, descubrí que su mirada cabizbaja se debía al mensaje de texto que estaba mirando y no a la obra que había vivido. Ese mensaje la tenía paralizada, lo leía una y otra vez.

Mi madre opinaba que los mensajes de texto de móvil contenían mucha verdad en pocos caracteres. La gente se esmeraba en contar sus sentimientos sin que el coste fuera excesivo. La concisión de los sentimientos.

Ella guardaba muchos de los que recibía. Jamás los transcribía, jamás los pasaba a otros formatos. Creían que entonces perdían su magia.

Guardaba mensajes de más de diez años de antigüedad. Me decía que en ellos había dolor extremo, pasión sincera y puro sexo.

Los sms, según ella, eran el acrónimo de “sexo más sexo”. Me contaba que todo el mundo tenía guardado en su móvil algún mensaje sexual.

Y que a veces solo la persona que lo había recibido sabía que lo era; cualquier otro que lo leyese no lo descubriría. Ya que para ello debías conocer la hora a la que lo habías recibido, el hecho que se había producido anteriormente y su intensidad.

Ella decía que los mensajes fantásticos eran el epílogo perfecto a una gran quedada. Cuantas veces sabes que tras una buena cita o quedada, al marcharte, a los pocos minutos de separarte de la otra persona recibirás un sms confirmando tu percepción de esos momentos compartidos.

A veces es más importante el mensaje que la propia quedada.

Yo también guardaba un mensaje en mi móvil desde hace tiempo, uno muy sexual, de esos que, como decía mi madre, nadie se lo imaginaría. Tan solo decía: “¿Vienes?”.

Me lo envió una chica cuando yo estaba inmerso en una relación. Cuando lo recibí, lo leí y me excité. Durante semanas lo releía y continuaba excitándome.

No fui jamás a donde ella quería, por eso quizá aún guardaba ese sms y aún me ponía.

También guardaba uno de mi madre; me lo envió la primera vez que viajaba solo por el mundo sin ella. Decía: “No te pierdas, Marcos, el mundo tiene sus límites donde tú decidas”.

Pero la verdad era que mis límites eran cada vez más pequeños: el Teatro Español, la plaza Santa Ana y sus pocas calles colindantes.

De repente la chica del Español me miró y me habló.

—¿Puedes hacerme un favor?

Aquello era increíble. A veces la vida soluciona tus problemas sin pedirte nada a cambio.

—Sí. Sí. —Respondí con dos “sí”, de nerviosismo extremo.

—Mi novio con el que había quedado para ir al teatro pero que no se ha presentado, me espera fuera y yo no quiero que piense que he entrado sola, así que me gustaría pedirte si pudieras fingir que... —pidió avergonzada y sin acabar la pregunta.

—Encantado de haberte traído al teatro —dije.

Me levanté y salimos juntos del teatro. Sé que nuestra relación no era real, tan solo una ficción para un desconocido pero viví cada segundo que tardábamos en abandonar la sala como si lo fuera.

15

TRES SORBOS DE CAFÉ Y UNA MALETA LLENA DE RECUERDOS

Salimos a la calle. Resultó que el tipo que yo pensaba que me vigilaba, el de las gafas negras, era su novio. Imaginación al poder. Ella iba muy cerca de mí, casi no había distancia suficiente para transpirar entre cuerpo y cuerpo. No me cogía la mano ni nada parecido; tan solo la notaba muy cerca. Sentía su presencia y su olor.

El chico de las gafas negras no se acercó, se marchó enfadado, casi ofendido. Ella fingía que no le miraba, aunque creo que no le quitaba ojo de encima.

Noté que ya no estaba observándonos y que había desaparecido de la plaza porque ella decidió apartarse un poco de mí. Muy poco, tan solo algo.

Seguidamente se paró, diría que estábamos nuevamente en medio de la plaza, justo donde la había visto por primera vez. Yo también me detuve.

—Gracias —dijo.

—De nada —contesté.

No supe que más añadir, sabía que se marcharía si no se me ocurría algo rápidamente. Ella se giró para irse.

—¿Me dejas invitarte a algo? ¿Una copa?

Ella me miró extrañada.

—Lo digo por si vuelve. Yo no me alejaría mucho si mi novia saliese con alguien. Volvería para comprobar si era alguien con el que había coincidido en el teatro o alguien más especial —añadí.

Ella dudó.

—Está bien —dijo.

Me dirigí a la terraza a la que yo normalmente iba. No sé porqué me parecía la menos turística. El camarero que atendía las mesas me conocía desde hacía diez años aunque yo no supiese su nombre ni él el mío. Me gustaba porque se acordaba de lo solía tomar. Hasta adivinaba el día que no me apetecía lo de siempre y quería cambiar.

Ese Camarero, un día de confianzas, me contó que había nacido, vivido y se había enamorado en Santa Ana. Todo lo importante le había ocurrido aquí. Aquella plaza era su vida y no la cambiaría por nada en el mundo. Era curioso, yo me había criado en mil sitios diferentes y sentía lo mismo que él.

Nos sentamos. El camarero vino rápidamente.

—Por fin clientela, hoy con lo de ese E.T. no viene nadie. —Me miró—. ¿Qué te pongo?

Supo que aquel día era especial y no quería lo de siempre. Me gustó.

—¿E.T.? —preguntó ella.

El camarero rió y preguntó:

—¿No sabes lo del extraterrestre?

—Estábamos en el teatro —respondió ella.

El camarero se quedó extrañado, creo que debió de verme entrar a última hora en el teatro. Pero no comentó nada.

—Dicen que han cogido a un extraterrestre. Aunque hace poco lo han desmentido. Sea lo que sea, la gente no ha venido a las terrazas. ¿Qué os pongo?

Ella no pareció dar mucho crédito a la noticia. Yo fingí interés. Pedimos lo mismo: sendos cortados. Me hace gracia cuando alguien invita a otro a una copa y acaba tomando un café o viceversa.

El camarero se alejó.

—¿Crees que es verdad? —preguntó ella.

Me hizo gracia la cuestión. Si ella supiese... De repente pasó una mujer con un pastor alemán y ella se apartó un poco. Daba la sensación de que la daba miedo el perro.

Aunque aquello no tenía sentido. Según el don, ella adoraba a los perros.

El perro la olisqueó y seguidamente ladró. Ella se quedó muy pálida.

Enseguida el perro salió corriendo y ella recuperó su color natural.

—¿Te dan miedo los perros? —pregunté.

—Desde siempre.

No podía ser. El don jamás me había fallado. No tenía sentido. Quizá había alguna interferencia magnética en el teatro. Pero era extraño porque yo la había visto de pequeña, el rostro era suyo y tenía un perro en su regazo y sentí su amor hacia esos animales.

El camarero nos trajo los cafés. Pero no dejó la cuenta; con los conocidos tenía ese detalle. Se marchó al instante, porque creo que notó que necesitaba intimidad.

—¿No has tenido nunca un perro?

—Jamás.

Bebió un sorbo de café y luego otro sorbo. Yo hice lo mismo. Me di cuenta de que ella era la primera persona con la que compartía un café desde la muerte de mi madre.

A veces no nos percatamos de esos detalles, pero para mí, pasara lo que pasase, sería la primera chica con la que tomé café a las cinco de la mañana tras la muerte de mi madre.

La noche seguía siendo cerrada. Noté cansancio. Había dormido tan solo cuatro horas y era insuficiente. Bostecé.

—¿Duermes? —me preguntó.

—Sí. —No añadí la palabra todavía.

—¿Tú?

—También duermo.

Bebimos otros dos sorbos de café.

Un sorbo más y se iría. Ella lo dio y yo me quedé en silencio. Ella tampoco dijo nada. Sabía que se levantaría. Luego carraspeó; estaba a punto de levantarse.

Pero justo en ese instante sonó mi nombre por la plaza. La portera de mi finca pronunciaba mi nombre mientras arrastraba una maleta.

El sonido de las ruedas de aquella maleta me devolvió a los aeropuertos, estaciones de trenes y miles de pasillos de plantas de hoteles.

Conocía el sonido de esa maleta, había pasado cientos de horas cerca de ella, a su lado, y la había colocado en cientos de lugares altos e inaccesibles para que reposara entre viaje y viaje.

—Le han traído esta maleta del aeropuerto —dijo sin dejar a la chica que me acompañaba.

Dejó la maleta a mi lado y sentí como si desprendiera frío. Aquella era la maleta de mi madre y aunque las autoridades de Boston me habían informado de que repatriarían su cuerpo y sus pertenencias, nunca pensé que el equipaje llegase antes que ella.

No me atrevía ni a mirar aquella maleta marrón con sus tres ruedas. Mi madre, con los años, la había hecho colocar una rueda más porque opinaba que la era más fácil para trasportarla. No toqué ni el asa, porque tenía la sensación de que, de alguna manera, estaría allí su esencia, su perfume, parte de sus últimos momentos.

—Es suya, ¿verdad, Marcos? —preguntó la portera ante el poco interés que demostraba.

—Sí, lo es —dije. No deseaba dar más detalles.

Seguidamente sonreí y la di las gracias. Ella se fue desolada, porque creo que esperaba que la presentase a mi compañera de café.

—¿Habías perdido la maleta en el aeropuerto? —preguntó la chica del Español.

Quizá era la conversación que necesitaba; hablarla de lo que significaba esa maleta en mi vida. Lo que significaría abrirla, encontrar parte de su mundo y poder compartirlo con alguien, ahora que ella se había marchado. Pero tampoco deseaba que sintiera pena por mí, que descubriera que aquel día era trágico en mi vida y que me había conocido en un momento en el que yo ya no era yo mismo.

—No exactamente —dije—. Era de mi madre.

Ella no se levantaba.

—¿Vive contigo tu madre?

No quería mentirla pero tampoco deseaba decirle la verdad. Cuantas veces me he encontrado en esta disyuntiva... Quizá debería haber un concepto equidistante de estos dos.

Antes de que pudiera contestar, el teléfono volvió a ladrar. Percibí miedo en su rostro, aunque el ladrido ni tan siquiera era real. Era el jefe. Ya no recordaba que me había llamado cuando estaba en el Español. Lo cogí.

Noté que ella se disponía a marcharse; la llamada era un final perfecto. Pero esperó a que acabase para no despedirse con gestos.

Decidí que aprovecharía al máximo la llamada, la alargaría tanto como fuera necesario.

—Hemos conseguido que escape sin comprometernos, —dijo escuetamente el jefe.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí. Ha dicho que irá a la plaza mayor de Salamanca. Debe hacer algo allí —añadió—. El quiere que vayas allí; el extraño quiere verte. Luego te llamo y me cuentas, ahora no podemos salir de aquí. Esto está al rojo vivo.

No supe que decir, el extraño estaba liberado y quería verme. Sé que debía hacer a mi jefe muchas preguntas sobre la fuga, sobre el motivo por el cual el extraño necesitaba ir a esa ciudad castellana o porqué quería hablar conmigo. Pero no pude hacer ninguna porque el jefe colgó sin darme tiempo a nada.

Yo hice ver que la llamada no había terminado; no deseaba que ella se marchase. Fui diciendo “sí” y “no” sin sentido. Algún “ajá” y finalmente cuando vi que igualmente se levantaría aunque yo siguiese con la llamada, solté un “perfecto, allí estaré”

Colgué. Ella se levantaba. De repente vi que la perdía y me arriesgué.

—¿Quieres venir conmigo a un sitio? —pregunté.

Ella no contestó. Tan solo esperó a ver que más decía.

—Cuando tú me has dicho que no querías salir sola de *Muerte de un viajante* porque había alguien a quien no deseabas ver, yo te he creído. Yo ahora te pido algo más extraño: que me acompañes a Salamanca a ver a una persona a la que tampoco quiero ver solo.

Ella continuó en silencio. Yo no sabía que más decir para convencerla.

—Te prometo que no es ninguna trampa ni nada turbio. Confía en mí.

Ella sonrió.

—¿Nos conocemos? —preguntó en un tono tan bajo que casi fue imperceptible.

Me extrañó mucho su pregunta.

—No —dije—. No lo creo.

—Tengo la sensación de que te he visto antes. Pareces...

Tardó unos segundos en buscar la palabra. Yo no intenté ayudarla.

—...De confianza. Me fío de ti.

Ahora fui yo quien sonrió. Me levanté, ella también. Hice el gesto de “apúntalo” al camarero, que no había dejado de mirar nuestra conversación desde la lejanía.

Nos dirigimos hacia donde estaba aparcado el peruano. Sus dientes dorados eran mi norte.

Tuve que coger la maleta; noté algo extraño cuando mis dedos sintieron el asa.

Mi madre nunca dejaba que yo se la llevase, decía que el día que no fuera capaz de transportar su propia maleta sería el día que dejaría de viajar.

Ahora su maleta era mía. Era injusto que el destino permitiese que ahora yo la llevase. Sentí un dolor terrible, inimaginable, pero no se lo comenté a la chica del Español.

De camino al coche vi que las televisiones mostraban la foto del extraño, pero como si no estuviera relacionada con el extraterrestre. Debajo de su foto había un cartel de: “Se busca pederasta”. Seguidamente vi las fotos que había visualizado en la carpeta “anexos” del jefe de seguridad, pero con su cara borrada y la cara del extraño superpuesta.

Sentí asco ante el montaje. Debían encontrarlo y pretendían que la gente sintiese repulsión por alguien que no había llevado a cabo esas monstruosidades, ya que eran obra de su posible captor.

Pobre extraño, sus primeros momentos en La Tierra y ya le culpaban de algo que no había hecho.

De nuevo, no dije nada. Subimos al coche; el peruano trató a la chica como si la conociera toda la vida.

—Vamos a Salamanca —dije al peruano.

—Lo sé —contestó él mientras ponía mi música.

El coche arrancó, la maleta quedó en medio, entre ella y yo.

La presencia de mi madre se hizo evidente.

16

EL ARTE DE PREPARAR UN BUEN BAÑO Y LA VALENTÍA DE DISFRUTARLO

Hacía años que no visitaba Salamanca. La última vez fue cuando tenía doce años. A mi madre la contrataron para un bolo al aire libre.

La gustaban mucho ese tipo de eventos; solía decir que el público se relajaba, los bailarines se sentían cómodos, y que el influjo de las estrellas, de la luna y del aire fresco revitalizaban esas funciones mediocres.

A veces me contaba que el espectáculo era ese todo y que la encantaba mezclarse entre el público y ver como el que tenía a su izquierda escuchaba la música del espectáculo mientras miraba el cielo estrellado y como el de la derecha seguía con atención los movimientos de los danzarines pero que su olfato estaba totalmente ocupado deleitándose con los olores de la noche veraniega mezclados con cientos de aromas de bronceadores.

Ella actuó en la plaza mayor de Salamanca con su compañía un verano muy caluroso. El lugar, el público y el clima eran tan maravillosos que recuerdo que mi madre dijo que la hacían una competencia que rozaba la ilegalidad.

—Cuéntame —pidió la chica en cuanto tomamos la primera avenida madrileña con más de cuatro carriles.

Yo supe, que aquel “cuéntame” se refería a todo. Cuéntame todo, me estaba diciendo. El peruano subió la mampara, un acto que le agradecí con la mirada.

Yo también sentía algo extraño hacia ella. Aquella confianza que no debe surgir entre desconocidos pero que a veces existe y es más intensa que la que sientes por alguien que forma parte de tu entorno desde hace más de veinte años.

—No es que la confianza dé asco... —decía mi madre siempre que alguien la defraudaba—. La confianza no debe existir. Es el relajo lo que provoca el gran bajón en cualquier tipo de relación.

Ella creía que cada día debía uno ganarse la confianza de la otra persona. Exigir al otro o a la otra que te gane, que te sorprenda y que tú debas demostrarle lo mismo.

Nunca la vi viviendo una relación día a día con nadie. Nunca vivió con un hombre de manera tradicional. Creo que eso tenía que ver con la confianza.

Siempre he creído que con la persona que más tiempo estuvo, con la que más habitaciones compartió y con la que más conversaciones mantuvo... fue conmigo. Y puedo aseguraros que siempre sentí como me exigía y como enseñaba a exigirla a ella.

El momento básico de nuestra vida fue en Boston, fusto donde ella había fallecido. Es una ciudad con un espíritu propio, indomable, que parece trasplantada del continente europeo al americano.

Con quince años me encantaba sentarme en verano en uno de los bancos de sus inmensos parques llenos de lagos y sentirme, cual Will Hunting, un observador de la tranquilidad de una ciudad que no te exige nada ni espera que aspire a nada. En esa ciudad sentí que era yo, mi yo más intenso.

Fue en esa ciudad donde me sentí más cerca de mi madre.

Ella siempre tomaba, como creo que ya os he contado, baños postestreno. Ella decía que era su manera de librarse del dolor de la primera función, de los nervios y de la pasión acumulada.

Desde los diez años yo era el encargado de preparar el baño.

Me había enseñado que llenar una bañera no difiere de preparar un manjar en una cocina. Debes estar pendiente de ambas cosas, para que salga bien y sean perfectas.

Decía que había gente que comenzaba a cocinar y luego se marchaba a otros lugares a acabar otras cosas. Y esa mezcla de actividades hacía que sus platos se resintieran.

Me contaba que las cocinas y los baños necesitaban nuestro cariño, nuestra plena atención. Como si esos 36,5°C del agua con la que se llena una bañera o con la que se cuecen unos macarrones fuera la clave de su buen gusto o del gran goce que sentiremos cuando nos introduzcamos en ella.

Así que yo desde los diez años permanecía sentado, en silencio, observando como se llenaba una bañera.

Primero, siempre seis minutos de agua muy fría; luego tres minutos de agua muy caliente. El jabón lo echaba siempre en el último instante y era el momento más agradable, porque si lo hacía bien notaba como la espuma cogía su textura propia. No difería del arte de la pintura.

Me gustaba ser el encargado de sus baños. Ella entonces pasaba exactamente sesenta minutos disfrutándolos. Siempre sola. Y luego salía renovada.

En Boston yo la había ayudado en la dirección de la obra que estrenó. Fue mi primera vez. Así que cuando el baño estuvo listo me ofreció meterme con ella. Uno en cada lado, mirándonos el rostro.

Yo dudé. Sentí lo mismo que años atrás, en aquel hotel rascacielos, cuando ella quería que compartiéramos la cama. Sé que para ella aquello era su forma de darme las gracias por el buen trabajo que supongo que ella creía que yo había realizado.

Para mí significaba compartir el baño con mi madre y no pensaba que ningún adolescente tuviera que encontrarse con ese ofrecimiento materno.

Ella, como hacía siempre, no insistió. Se introdujo en la bañera.

Yo dudé, pero como creo que había realmente algo en el aire de Boston que hacía que te olvidaras de tus prejuicios y preocupaciones, me desvestí y me introduje en la bañera. Justo en el lado contrario al suyo.

Al principio estaba muy tenso, pero poco a poco me relajé y disfruté de la experiencia.

Noté como los nervios de la obra, del estrés de los últimos ensayos, se iban diluyendo y se mezclaban con esa agua cocinada con cariño.

Poco a poco noté como el cuerpo de mi madre que al principio no deseaba ni rozar, tocaba involuntariamente el mío.

Fue una experiencia agradable, mejor dicho, la más agradable que he sentido.

Años más tarde decidí que cuando acabara una pintura tomaría un baño postacabado de obra, para quitar los colores residentes de mi cuerpo. Y os juro, que solo escuchar el sonido del agua mi esófago vibra.

Ese siempre ha sido y será el sonido de mi felicidad.

Nunca he vuelto a compartir bañera. A la chica de Capri, la que me abrazó al morir mi abuela, estuve apunto de proponérselo, pero al final no me atreví.

No sé que tiene compartir bañera durante sesenta minutos con alguien, pero es como si conociera más a esa otra persona.

Como si el agua te transportara parte de sus secretos, de sus miedos, y rozar involuntariamente su piel te permitiese entrar en su esencia más absoluta.

—Cuéntamelo todo, de veras. No tengas miedo de qué pensaré —dijo por segunda vez la chica del Español.

Sabía que seguramente me creería. La confianza entre nosotros desde que habíamos visto el final del viajante era intensa.

Lo hice.

En aquella hora y media se lo relaté todo. La velocidad de mis palabras me recordaba al tono que utilizó David Bowie cuando cantaba “Modern Love”.

Me comía frases, omitía detalles pero incidía en la esencia de la narración.

En el trayecto entre Madrid y Ávila, la conté lo del extraño, mi don, la fuga, lo de la lluvia roja, el planeta pentagonal y como la había descubierto en la plaza Santa Ana.

De Ávila a Salamanca, me centré en mi madre, su pérdida, la decisión de dejar de dormir, mis miedos, mis soledades, la pintura, el cuadro del sexo inacabado y la maleta.

Fue un intenso diálogo de noventa minutos sin que ella dijese nada, absolutamente nada.

Fue un placer máximo contárselo todo; bueno, miento, quizá no hice énfasis en la fascinación que sentía por ella. En el amor era precavido, ya que como jamás había tenido nada que contar, ahora que lo tenía no sabía como enfocarlo. Era como manejar un explosivo.

Del resto no omití detalle.

Era la sexta persona a la que hablaba de mi don. Antes lo hice con mi madre, Dani, el jefe, la chica de Capri y con el que yo pensaba que era mi padre. Quizá os hable de él.

Ella tampoco dijo nada cuando la hablé del don. Ni cuando la mencione al extraño.

Nunca me había sincerado tanto. Tenía miedo de su reacción.

El coche se adentró en una de las calles que daban a la plaza mayor de Salamanca justo cuando la contaba todo lo referido a la fuga.

En medio de la plaza vi al extraño. Llevaba una capucha puesta; supongo que para que nadie le reconociese como el falso pederasta.

Descendimos y nos dirigimos hacia él.

—¿Me crees? —pregunté.

—Si, te creo —dijo ella.

Y sé que me creía. Me sentí bien.

La sinceridad recompensada es uno de los placeres más gratificantes que existen en esta vida.

Me alegré de que no hubiera un perro. “Te creo pero”, “lo siento aunque”... Conjunctiones terribles que acaban desactivando los sentimientos anteriores.

Cuando faltaban aún cincuenta pasos para llegar al extraño, él levantó la mirada y sonrió.

Me encantó que se adelantara a nuestra llegada. Además, me di cuenta de que estaba justo en el centro de la plaza, esperando. Otra plaza, y otra persona fascinante en medio esperando.

SE VALIENTE, EN LA VIDA EN EL AMOR Y EN EL SEXO

Solo llegar a su altura el extraño me abrazó. Olía como un bebé, una fragancia tenue. Dudé si era colonia o el olor de su piel.

Hay tantos cuerpos que generan perfumes naturales...

La primera chica con la que estuve, una socorrista de una piscina de Montreal, olía siempre a cloro. Hablábamos todas las tardes que yo pasaba en la piscina del hotel que ella vigilaba.

Para mi, aquella piscina era un pequeño Edén alejado del frío, de la inmensa red de metros que comunicaban subterráneamente toda aquella ciudad y que impedía que vieses y notaras los -24°C .

Las pocas veces que salí a la calle, si cerraba los ojos más de diez segundos, el frío pegaba mis pestañas.

Por ello, mientras mi madre creaba en un teatro cercano subterráneo yo vivía en la piscina.

La socorrista hablaba y hablaba y yo escuchaba embelesado.

El día que quedamos por primera vez fuera de sus dominios, ella no olía a piscina, si no a una fragancia entre pomelo y azafrán.

Lo hicimos. Fue la primera vez y ese olor me ha acompañado siempre.

Yo, en cambio, no huelo a nada.

Por ello, siempre que alguien que conozco y tiene una virtud que yo no conozco, me parece que huele bien. Averiguo cual es su colonia y la llevo durante unos meses.

He llevado muchas; cada seis meses cambiaba de olor. Como si mis carencias quedaran absorbidas por ponerme su colonia.

Me hubiera gustado preguntarle al extraño a que olía, para llevar un tiempo su olor, pero no era el momento ni el lugar.

—¿Se lo has contado? —inquirió el extraño mientras ofrecía su mano a la chica del Español.

Afirmé con la cabeza.

—¿Te ha gustado la obra? —preguntó.

Ella sonrió y dijo que sí con la cabeza.

Las campanas de la plaza mayor dieron la siete de la mañana. El giro 360 grados, como buscando a alguien. Daba la sensación de que estaba allí buscando a alguien.

Fue en ese momento cuando aproveché para mirar la plaza mayor, que hacía años que no pisaba. Era hermosa. Sin duda opino que es la plaza más hermosa que existe. Mi madre la adoraba.

—Es una plaza valiente —me dijo horas después de estrenar una obra y tener un nuevo éxito en su haber.

—¿Valiente? —pregunté—. ¿Hay plazas valientes?

—Las hay, esta lo es porque invita a la valentía.

En aquel instante cogió mi mano, la colocó en su ombligo y me dio un beso en la nuca. Me sorprendió.

—Sé valiente —dijo—. En la vida, en el amor y en el sexo.

“La gente olvida que debe pedir caricias y besos. No pienses nunca que ese es el coto de tu pareja del momento. Ojalá entendieras que hay que despenalizar acciones que se relacionan con el sexo”.

“Una caricia, un beso, solicitar el calor de una mano en el ombligo no deben ir acompañados con el sentimiento de eso provocará o derivará en sexo”.

“Un abrazo no debe ser de diez segundos, ni de treinta, puede durar ocho minutos si es necesario. Acariciar un cuerpo no debe suponer siempre sexo. Debes apreciar la caricia como parte de tu vida. Despenalizarla en tu vida”.

“Al igual que ríes del chiste de alguien y aceptas que sus palabras generen en ti un sentimiento de felicidad, tampoco debes temer decirle a alguien que su piel, sus ojos, su boca..., te generan otro sentimiento. Hay que despenalizar acciones del sexo, llevarlas a la vida real, a la cotidianidad y jamás enlazarlas con el sexo, si no con el vivir. ¿Lo entiendes, Marcos?”

Tras aquel largo monólogo siguió con mi mano en su ombligo un buen rato. Sentí la valentía de la plaza en mí y la besé el cuello con mis labios.

No sentí sexo, sentí vida.

Luego la pregunté:

—¿Quién es mi padre?

Jamás me habló de él, era su talón de Aquiles. Creo que se entristeció.

El extraño se dirigió al banco que había en el centro de la plaza. El único que había. Se sentó y nos invitó a que hiciéramos lo mismo.

—¿Queréis saber quien soy? —preguntó.

Los dos asentimos. Aún faltaba un poco para que amaneciera. Poco, muy poco. La plaza estaba perdiendo a la gente, ya que a aquella hora se producía otro cambio laboral.

Yo me sentía nervioso. En esa plaza mi madre hizo que me sintiera una vez más, especial, y sabía que tras la conversación con el extraño algo cambiaría en mi vida.

Además, ella, la chica del Español, que conocía todos mis secretos, estaba allí. No sé bien que sentía por mí, ni yo por ella, pero que estuviera allí hacía que me sintiera afortunado.

Además, al lado tenía la maleta de mi madre y el lienzo en blanco. Sentía como mi vida se iba completando lentamente. Pedazos de mi vida se reunían.

El extraño comenzó a hablar. Yo supe que aquel era el momento que había esperado desde que lo conocí.

—Sé que lo que os contaré puede sonaros extraño y casi no podré daros ninguna prueba fehaciente de que es verdad, pero es la realidad —empezó diciendo—. Soy un extraño, me gusta el nombre, pero eso sí, no seré más extraño que vosotros de aquí a un tiempo.

Se quedó en silencio. Se tomó una pausa larga.

—La vida... De donde yo vengo, el concepto tiempo, nuestro tiempo, nuestra vida, es muy diferente al vuestro. Pero a mí no me ha resultado extraña esta vida de aquí, porque ya la viví.

Ambos absorbíamos cada frase que decía. La chica del Español, de repente, me acercó la mano, yo la cogí e instintivamente me la llevé al ombligo, como años atrás mi madre había hecho con la mía.

Creo que la chica del Español tenía miedo. Yo, la verdad, es que sentía la valentía de la plaza en mis venas.

—Nací aquí, en Salamanca, hace bastantes años. Recorrí esta plaza de pequeño. Jugaba aquí con mis hermanos. Fui un niño feliz, muy feliz; eso lo recuerdo aunque fue hace muchos años. De adulto me fui a trabajar a un pueblo cercano, Peñaranda de Bracamonte, y ahí me afiqué. Un 9 de julio, cuando ya había acabado la Guerra Civil Española, un tren entró en la estación cargado de pólvora y por culpa de una rueda al rojo vivo estalló casi todo el pueblo. A esa desgracia se la llamó el Polvorín y yo perdí una pierna y un brazo.

De repente él envió una imagen a mi don, noté como llegaba; dudé si aceptarla porque yo no tenía conectado el don, pero él me lo introdujo.

Fue como ver en imágenes todo lo que había contado. Vi la secuencia del Polvorín que él contaba. Lo vi a él, ese domingo caluroso de julio yendo a misa, el tren llegando a la estación y la gran explosión que segó tantas vidas. Apreté la mano de la chica del Español contra mi pecho. Las imágenes que estaba viendo eran dolorosas: miles de piernas colgaban de los árboles, y había brazos esparcidos a kilómetros. Mucho dolor... Y lo vi a él, sin la pierna ni el brazo, tal como había dicho...

Pero el que nos hablaba en aquella plaza tenía brazos y piernas; no comprendía nada. ¿Manipulaba mis imágenes?

—Lo has visto, ¿verdad? —preguntó—. Pues vivirlo es más horrible que recordarlo. Mi vida cambió; pensé que había finalizado tal como me la había imaginado, hasta que el ejército envió presos y presas de la guerra a reconstruir el pueblo. Y la conocí. Mírala obsérvala —dijo.

Vi su primer encuentro con una hermosa chica de pelo castaño. Era mucho más joven que él; creo que se llevaban diez o quince años. Era increíble como ella le observaba, como miraba sus muñones sin sentir pena, como entre ellos se creaba algo intenso. Era un recuerdo tan intenso, tan precioso, que no tuve duda de que aquel era el momento más emocionante de la vida del extraño.

—Estuvimos casados durante cincuenta años. Mi muerte... —Hizo una pausa—. Mi muerte fue muy placida, casi no la recuerdo, no puedo enviártela —me dijo.

Su muerte. Hablaba de su muerte como si fuera real. Pero él no estaba muerto. Creo que la chica del Español tenía tantas ganas como yo de preguntar, pero no nos atrevíamos, sabíamos que aquello escapaba a nuestra inteligencia y nuestras preguntas tan solo demostraría nuestra ignorancia.

—Supongo que os preguntaréis que hay después de la muerte, ¿verdad? —dijo sin cambiar ni levemente el tono de la narración anterior.

Afirmamos con la cabeza, aún sabiendo que era una pregunta retórica.

—Hay... Más vida.

Mi corazón mi respiración y mi esófago palpitaron. Aquel extraño nos estaba contando el secreto que toda persona deseaba conocer. Saber que hay detrás de la vida, saber que nos depara la muerte.

—Cuando mueres en este planeta, vas a otro... La Tierra es conocida, allí de donde yo vengo, como el planeta 2. —Sonrió al ver nuestras caras de fascinación—. Si, como estáis imaginando hay un planeta 1, por lo que para vosotros esta es vuestra segunda vida.

Respiré hondo, ella también lo hizo. El no nos dio tregua.

—En el planeta 3 la vida es más gozosa que en el 2, en el 2 más que en el 1. Cada muerte te depara un planeta donde todo es más placentero, no importa la vida que lleves aquí, no tiene que ver con tu anterior vida, si no con un círculo que tienes que completar. Puedes ser un ladrón en la 2 y un príncipe en la 3. Eso sí, la vida en cada planeta posterior siempre supera a la anterior en felicidad, amor y plenitud.

Justo en ese momento pensé que mentía, tenía que mentir. Planetas a donde vas a parar cuando mueres, aquello era una locura.

—Hay seis planetas —añadió—, seis vidas. A partir del cuarto planeta te dan “dones”. En el cuarto planeta te dan un don extraño con el que puedes saber como es emocionalmente la otra persona con solo mirarla. Es como ver al instante su recuerdo más placentero y el más horrible. También ves doce sentimientos intermedios.

“En el quinto planeta te dan el “don” de saber que has vivido cuatro vidas más y conoces como fue tu vida en cada uno de esos planetas. Así que ya puedes elegir si quieres seguir viviendo en el quinto o directamente marcharte al sexto. Es importante poder elegir. Hay gente que como sabe que es sexto será mejor enseguida se suicida; otros desean vivir con plenitud su quinta vida.

Volvió a pararse. Movi6 el cuello varias veces. Yo no podía ni moverme. Por lo que entendía, yo tenía el don que dan en el cuarto planeta, pero según lo que contaba yo vivía en el segundo. No comprendía nada. Creo que él sabía lo que yo sentía, me sonrió.

—A veces la naturaleza falla y a alguien del segundo, del primero o del tercer planeta le dan un don equivocado. A alguien de La Tierra pueden darle el don de conocer a la gente. O como me pasó a mí: que al llegar al tercer planeta supe que ya había vivido dos vidas y que aún me faltaban tres más. —Inspiró y expiró—. A veces es complicado llevar un don en la vida equivocada.

Me miró y yo también le observé.

—Añoro a la que fue mi mujer desde que morí hace muchos años por segunda vez. Cuando desperté en aquel tercer planeta extraño donde había planetas pentagonales y lluvia roja, supe que ella existía, porque me habían dado err6neamente el don de recordar mis vidas anteriores. Fui pasando vidas rápidamente porque deseaba volver aquí. Deseaba volver a mi segunda vida, aunque no sé porque sabía que existiría esa posibilidad si llegaba al sexto planeta... Pero así fue. En el sexto puedes elegir entre lo desconocido o volver al planeta anterior que deseas. Nadie vuelve jamás. Todos se lanzan a lo desconocido, excepto yo, que sabía que ella vivía aquí, tendría casi 109 años y que aún la gustaría venir diariamente a la plaza que más amaba en este mundo.

Me di cuenta de que mientras hablaba seguí mirando la plaza y buscando a su amada. No había dejado de echar ojeadas un solo instante. Me di cuenta de que observaba a cada persona mayor, a cada viejecita que se movía lentamente, que caminaba con dificultad. La buscaba, deseando encontrarla.

La chica del Español y yo nos miramos. No supimos que decirle.

Os juro que yo le creía. Ella no sé que pensaba.

—¿Qué hay tras el sexto planeta? —preguntó ella finalmente.

El sonrió.

—No se sabe, lo mismo que vosotros os preguntáis ahora qué hay después de la vida. —Sonrió—. Pasan los planetas y transcurren las vidas, pero al final hay la misma incertidumbre.

No le creí. Fue en lo único que no le creí. Me dio la sensación de que nos había mentido y que sí sabía lo que hay que había en el sexto planeta.

Pensé que si el resto era cierto, yo había obtenido un don equivocado y él otro. Aquello nos unía. El buscaba a una chica; yo acababa de encontrar a una. Aquello también nos unía. Yo había perdido a mi madre y el dolor se me hacía insufrible al pensar que no la vería jamás. El perdió a alguien especial y pasó muchas vidas para encontrarla. De repente, una duda me atravesó.

—¿Porqué no esperaste a que muriese para reencontrarte con ella? Si ella moriría, iría a tu vida, ¿no?

El me miró.

—¿Desear su muerte para volver a estar con ella en vida? Eso jamás. —Me miró—. ¿Tú te suicidarías hoy por estar con tu madre? —Respiré hondo—. ¿Sabes que es posible? Además en cada planeta tenemos el mismo rostro, las mismas facciones, pero nos pasamos un par de vidas sin saber que aquella persona fue básica en nuestra vida anterior.

De repente me ofreció muchos recuerdos a la vez. Recuerdos de vida de los seis planetas en los que había estado. Era increíble, su rostro, su imagen, sus facciones no cambiaban, se le veía joven, siempre eran recuerdos hasta los doce años, trece a lo sumo. Recuerdos de felicidad y tristeza en marcos incomparables. Planetas llenos de belleza. Recibí cientos de imágenes, sin orden, sin ningún tipo de orden. Era brutal, no sabía que recuerdos pertenecían a cada planeta, que emoción superaba a otra. Era un éxtasis.

—Impresionante, ¿verdad? Pues vivirlo es mejor.

Súbitamente volvió a mí la imagen de la chica del Español, aquella en la que la niña jugaba con un perro y que no coincidía con nada de su vida actual. ¿Era posible que hubiese visto la vida de ella en otro planeta anterior al que vivía? ¿Era de ese primer planeta?

Le hice la pregunta al extraño, sin rodeos. El tardó en contestarla, fue la primera ocasión en la que no respondía al instante. Eso me hizo temer.

—Prefiero no contestarte —dijo—. A no ser que me lo pidáis los dos. —En ese instante miró a la chica—. Pero creo que no debéis saber la relación que tuvisteis en la otra vida de ese primer planeta.

Nos quedamos sin saber que decir. ¿Yo ya conocía a la chica del Español? ¿Por eso tuve un recuerdo de la otra vida? ¿Qué relación tenía conmigo? Quizá era por eso por lo que yo sentí aquello tan intenso cuando la vi. Y quizá también lo supo el extraño cuando me vio.

—En la sala de interrogatorios dijiste que ella era importante en mi vida —dijo—. Viste mis recuerdos de esta vida y de la anterior y supiste que ella estaba en mis dos vidas, ¿verdad?

El asintió.

—¿Quién soy para él? —preguntó ella.

El extraño sonrió.

—¿En esta vida o en la anterior? ¿Cuál estas viviendo ahora? ¿Porqué deseas que interfiriera? La vida que vives es la actual.

Ella no se amedrentó.

—Tu viviste por y para la segunda vida el resto de tus vidas, ¿no?

—Porque tenía esa información. Tu tienes la suerte de no tenerla, aprovecha esta vida con él, no con quien fue en el primer planeta.

Ella no dijo nada más. Yo tampoco. Nos quedamos casi veinte minutos en silencio sin saber que preguntar o que creer.

Una ligera lluvia comenzó a caer. No era roja. Yo me debatía entre el temor y la pasión.

Pensar que simplemente quitándome la vida podría estar con mi madre... Aquello era muy tentador para un alma dolida. Saber que aquella chica quizá había sido muy cercana a mí en otra vida era algo que me abrumaba y me producía una gran curiosidad.

Pero había que ser valiente, como siempre decía mi madre, en la vida, en el amor y en el sexo.

—¿Quiénes somos el uno para el otro? —preguntamos al unísono.

El extraño nos miró como si supiera que aquella pregunta era un gran error y que nos arrepentiríamos siempre.

DESESPERANDO Y DESINSPIRANDO

El extraño sabía lo que significaba responder a esa pregunta. Por eso le costaba contestar.

Cuando estaba a punto de hacerlo, sintió de repente un dolor en el pecho, era una punzada terrible. Yo la sentía también.

—Se ha ido —dijo.

—¿Quién? —pregunté.

—Ella, mi esposa, acaba de morir.

Su rostro era de absoluta tristeza. De desesperación; creo que nunca he visto a nadie cuyas facciones desaparecieran de esa forma. Había perdido su rumbo, su vida, su “todo”.

—¿Estás seguro? —preguntó la chica del Español.

Asintió. De repente estaba paralizado; noté que no tenía energías. No era de extrañar, si realmente había vivido o se había quitado cinco vidas para llegar aquí, y ahora, por culpa de un cautiverio de tres meses, había perdido la razón de toda su existencia.

—¿Y no puedes ir al tercer planeta con ella? —volvió a preguntar la chica del Español.

—Si, pero... —Le costaba hablar—. No recordaré nada, no tendré esos dones y no sabré quién es ella. Volveré a empezar de cero, volveré a comenzar el ciclo.

No supe que decirle para animarle. Estaba totalmente destrozado. Le comprendía; yo me sentía igual con mi madre.

Pensé que quizá en ese tercer planeta, mi madre y su mujer serían íntimas. Habrían nacido con dos días de diferencia y quizá, sin saberlo, compartirían un sentimiento al tener sus hijos dones equivocados en vidas diferentes.

—Quiero verla —dijo el extraño—. La enterrarán en Peñaranda, estoy seguro.

Se levantó y fue hacia una de las salidas de la plaza. La lluvia nos estaba calando, pero el increíble calor que hacía nos secaba instantáneamente.

Me adelanté a él. Le dirigí hacia el coche. El peruano nos esperaba.

Pusimos rumbo a Peñaranda. Tan solo cuarenta kilómetros nos separaba de esa población.

No hablamos durante el trayecto. No me atrevía a preguntar por la chica del Español; no era el momento y parecía que carecía de importancia.

Pensé en la gran pregunta de mi vida. ¿Quién era mi padre? Mi madre nunca quiso respondérmela, y yo nunca la coaccioné para que me lo dijera. Aunque yo sabía que ella llevaba un diario en el que apuntaba todo, estaba seguro de que ese diario estaba en la maleta. Aunque quizá había dos preguntas en mi vida: ¿Quién fue mi padre en la primera vida y quien en la segunda vida?

También reflexioné sobre que pasaría si toda esta historia salía a la luz pública. Estaba seguro de que mucha gente no se la creería, pero en cambio, mucha otra seguiría pies juntillas la idea de que esta vida es solo una de las vidas que se viven.

¿Qué pasaría con la gente que no está bien en esta vida? Gente que se siente desgraciada, que no ha conseguido sus objetivos o que está viviendo un calvario de mala salud o tristeza. ¿Se suicidarían por una posible vida mejor en un tercer planeta?

Tampoco sabía si el ser humano del segundo planeta estaba preparado para conocer toda aquella información. Agradecí que el extraño no hubiese contado nada en los interrogatorios y que aquel día se convirtiera en un día fucsia.

No sé que estaba pensando la chica del Español, ya que sus ojos estaban casi cerrados. Reflexionaba, no había duda.

Al llegar a Peñaranda, el extraño fue guiando al peruano por las callejuelas como si hubiera vivido allí toda la vida.

Acabamos en la plaza Nueva, la tercera plaza que visitaba. No había duda de que su amada debía vivir o morir en una plaza. Un enorme letrero que la presidía indicaba que había sido reconstruida por presos de la guerra española.

Paramos en el número 65 de esa plaza. Había gente en la puerta, vecinos con cara de tristeza. Debía de llevar tiempo enferma.

El descendió, y nosotros tras él.

Entró en la casa y se dirigió hacia la segunda puerta del entresuelo, que esta abierta. Dentro había más vecinos. La noticia de la muerte era reciente.

Se dirigió a la habitación principal; allí había una mujer muy anciana en la cama. Parecía dormida. A su alrededor había bastante gente.

Nos miraron extrañados, pero nadie dijo nada. La situación de la muerte reciente era tan extraña que nadie se atrevió a comentar nada.

El extraño la vio y se conmovió. Pude sentir su emoción.

—¿Pueden dejarme a solas con ella, por favor? —pidió el extraño.

La gente de la sala no esperaba aquello. No habían visto nunca a aquel desconocido ni a las dos personas que la acompañaban.

—Por favor... Soy un familiar directo.

Seguidamente, señaló la gran foto que coronaba la habitación. Era un hombre sin mano que tenía un gran parecido con él. Realmente parecía él, aunque ahora se asemejaba a su versión adolescente. La gente se dio cuenta del increíble parecido y debió de convencerse de que aquel hombre que solicitaba espacio era un familiar: un primo, un nieto, un hijo... A pesar del evidente parecido, nadie llegó a pensar que era el hombre de la fotografía con mucha menos edad.

Nos quedamos solos. El se sentó en la cama. Miró el rostro de aquella anciana y lloró.

Rompió a llorar, como decía mi madre.

No hice nada para consolarle; la chica del Español tampoco.

Tras diez minutos de lloros, poco a poco se fue calmando y finalmente depositó sus manos sobre el rostro de la mujer. Y de repente apareció como una holografía encima de la mujer. Se veían claramente imágenes de planetas. Eran planetas extraños, como un gps interplanetario.

Tan solo reconocía el planeta Tierra y el planeta de Lluvia Roja. Los planetas se movían, y en uno de ellos, en La Tierra, había una luz intermitente... Como un alma.

Con estupor y emoción, vimos como el alma se marchaba del planeta 2 al planeta 3. Era alucinante, no sabía que existía el don de ver el camino del alma o lo que fuese esa luz intermitente.

—Voy a ir con ella —dijo el extraño, acariciando el rostro de la anciana—. Aunque no me reconozca estoy seguro de que yo acabaré reencontrándola. Y si no en el siguiente planeta, y si no en la siguiente vida. —Dio un beso a la mujer, un beso con tanta pasión que parecía que la mujer reviviría—. Marchaos, por favor.

Sin duda, creo que hacía lo correcto, aunque me era difícil aceptarlo.

—¿No quieres esperar unos días? —pregunté.

—Aquí no hay nada que me importe —respondió—. Y nacer el mismo día que ella quizá sea la clave de nuestro encuentro.

Seguidamente cogió un papel y un lápiz que había en el segundo cajón de la cómoda del lado izquierdo. Era como si supiese que estaría allí. Escribió algo y me lo dio.

—Aquí tenéis vuestra relación en el primer planeta. Decidid si queréis leerlo —dijo tendiéndome el papel—. Te lo doy a cambio de que cuando mueras y me encuentres en el tercer planeta, si todavía tienes el don, y te llega algún recuerdo de mí, de quien fui, de quien es ella, me lo digas inmediatamente.

Yo asentí. Lo haría sin duda. Si me lo cruzaba en otra vida, si tenía el don, le entregaría esa información sin dudarlo.

Lo abracé, su olor me traspasó nuevamente. La chica del Español lo besó.

Nos alejamos de aquella habitación. El se tumbó al lado de aquella mujer en la cama.

Me recordó la imagen de mi madre y de mí en aquel hotel rascacielos, aunque la diferencia de edad era mayor. Quizá mi madre me había educado durante años para aceptar aquella imagen.

De repente, noté que el extraño dejaba de respirar, que su sonido de inspiración-expiración desaparecía. Quizá ya lo había practicado en otra vida para poder marcharse rápido de aquellos planetas.

La imagen de ambos juntos aún tenía algo de precioso, de completar un sueño.

TODO LO QUE PODRÍAMOS HABER SIDO TÚ Y YO SI NO FUERAMOS

Estaba agotado. Ella también lo parecía. Vimos una pensión a pocos metros de la casa y nos instalamos.

Sabíamos que no podíamos alejarnos mucho del extraño. De todo lo que fue su vida.

La habitación que nos habían dado era pequeña, con dos cuadros antiguos que estaban colgados muy juntos y mostraban paisajes de la región.

La cama que presidía la habitación era preciosa, o eso me pareció.

Miré por la ventana, daba justo a la plaza. Me gustó. Además estaba amaneciendo. Aquella noche estaba siendo realmente especial.

Yo no sabía que decir, como comenzar. No sabía si desdoblar el papel, lanzarme y darle un beso apasionado o pintarla.

Decidí lo último.

—¿Puedo pintarte?

Ella asintió. Saqué las pinturas. Comencé ese rito tan precioso y que tanto tiempo añoré de mezclar colores. Ensuciar para conseguir belleza.

Ella se sentó en una silla y me miró.

—Mi madre me dijo un día que para pintar el sexo debía sentir que nunca lo poseería. Tan solo puedes pintar cosas que no sientes. —La miré—. Siento que nunca tendremos sexo, no se bien porque pero lo percibo, quizá el papel nos cuente la razón.

Ella siguió mirándome.

—¿Qué quieres que te cuente? —me preguntó.

—¿Sabes bailar? ..la pregunté.

Ella afirmó.

—Pues baila para mí.

Ella comenzó a bailar, no ha bailar. Mientras danzaba me recorría un escalofrío por el cuerpo. Era de una belleza increíble, llena de sensualidad y sexualidad.

Con la danza fue yendo hacia la maleta, la abrió con leves movimientos y fue extrayendo todo lo que allí había.

Yo no podía parar de pintar. Pintaba como imbuido por una fuerza incontrolable. Rojos, verdes y amarillos mezclados con negro y obtenía imágenes potentes que nunca pensé que conseguiría.

Ella sacó los discos de vinilo de jazz que mi madre siempre llevaba, sacó sus libros de fotografías de saltos... Durante años, ella fotografiaba a la gente saltando; creía que el baile, la danza y el salto hacían que cayese la máscara y ofrecían la imagen real de las personas. Ni me imagino cuantas fotos habría. ¡Yo había sacado tantas veces para ella!

Sus vestidos. Su pequeño neceser donde guardaba parte de sus secretos y su fragancia.

Los cuadros, mis dos cuadros sobre la infancia y la muerte. Los llevaba enrollados, los trasportaba a cada hotel, a cada lugar donde creaba. Aquello me emocionó especialmente.

Y el diario. Sabía que estaría y sabía que allí encontraría el nombre de mi padre. Escrito en alguna página.

Dos secretos serían desvelados aquella noche. Yo poseía uno de ellos en mi bolsillo, en un papel arrugado salido del segundo cajón de una cómoda. Y el otro estaba en el diario que sostenía una chica que danzaba para mí de una forma espectacular.

Seguí pintando. La música de mi madre o inundó todo. No sonaba ningún disco, pero la oía.

Fue increíble, la experiencia más agotadora y real de mi vida.

El cuadro esta terminado. El cuadro de sexo no conseguido pero deseado. Y mi madre aún no había llegado, o quizá si, a otro mundo pero no a mi lado.

Ella dejó de bailar, se tumbó en la cama. Yo me coloqué al lado de ella.

No dijimos nada. Respirábamos como lo habíamos hecho en el teatro. Las palabras del final de *Muerte de un viajante* resonaban en mí: “somos libres, somos libres”. Así me sentía a su lado. Era un momento épico.

Recordé las inyecciones. Sentí que aquel era el momento épico que yo deseaba para ponérmela. Saqué las dos del bolsillo. Se las mostré.

—No quiero ponérmelas. No quiero que esta segunda vida sea de otra manera que como la han creado. Y sobre todo no quiero dejar de dormir, porque, al despertar, quiero descubrirte a mi lado durante mucho tiempo. No quiero perderme esa imagen de verte volver a la vida cada día.

No podía imaginar no verla despertar. A mi madre la vi despertar tantos años... Me encantaba dormir junto a ella; después de aquel día en el rascacielos me aficioné a hacerlo. Me gustaba como se despertaba, como volvía a la vida; era muy dulce. Me miraba, me sonreía y me decía: “Ya me despierto, Marcos”. Y me besaba en la mejilla.

Creo que estaba enamorado de mi madre.

Nunca lo había pensado, pero la amaba. Y creo que ella me amaba a mí también. Ese amor que ella siempre promulgaba y que no tenía nada que ver con el sexo.

Ella me educó en el sexo y acabé sintiendo amor por ella. Ella creía que había que educar a los hijos en el amor, en el sexo y en la vida. Nunca podré agradecerle. Fue valiente. Jamás la importó lo que pensara la gente sobre ello. Tan solo lo que ella creía justo.

—Me parece muy bien —dijo la chica del Español—. Yo tampoco deseo dejar de dormir. ¿Puedo ver el cuadro?

Asentí. Ella lo cogió, lo llevó a la cama y lo miró. Creo que había parte del sexo por mi madre, del sexo por ella y del sexo por Dani. Los tres sexos más importantes de mi vida.

Me di cuenta de que daría a Dani las inyecciones. Un día utilicé el don con él y vi su recuerdo más desgarrador. Su padre le pegaba, aunque eso no era lo horrible. Si no que, cada noche, Dani tenía pesadillas con su padre, con las palizas. Su padre estaba muerto pero vivía en sus sueños y allí aún podía pegarle.

Por eso deseaba la medicina, para matarle. Y yo sería cómplice de esa muerte onírica. Quizá aquello le sirviese a Dani para encontrar a alguien y olvidarme. Yo le perdería y, como decía mi madre, el dolor de la pérdida de algo, aunque no lo necesitaras, se convertiría en algo terrible.

—Es precioso —dijo ella sin dejar de mirar el cuadro.

Sonreí. No se como explicaros aquella pintura, era abstracta, pero si la mirabas y estabas en sintonía era muy realista. ¿Acaso no es eso el sexo?

Mi madre decía que el sexo era: “Un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma”. Me pareció una definición preciosa. La dije que me gustaba. Ella rió, no era una definición de sexo; ya existía. Para Churchill era la definición de Rusia. Reímos mucho aquella noche en no sé qué lugar en el que estaba con ella.

Quemamos el diario; era insignificante saber quien era mi padre. El fuego en cambio era necesario; ese calor era lo que necesitábamos, como si fuera la atmosfera ideal para lo que íbamos a hacer.

La di el papel doblado. Ella iba a abrirlo, íbamos a saber quienes fuimos en otra vida, en aquel primer planeta.

Ella lo leyó y seguidamente me lo pasó. Yo lo leí.

Hubo un largo silencio.

Después recuerdo que la dije: “Todo lo que podríamos haber sido tu y yo si no fuéramos tu y yo”. Ella asintió.

Nos abrazamos y lentamente nos quedamos dormidos. Creo recordar que dormí bien en una cama extraña.

Saber que solo vives una parte ínfima de una de tus primeras vidas calma mucho y te da un gran placer.

Pensé en mi madre. Ahora tenía claro porqué me sentía así: no se había ido la persona que más había querido, se había ido la persona que más me ha querido.

Es duro perder a la persona que más te ha querido.

Abracé fuertemente a mi hija.